

# REVISTA

DE LA

# SOCIEDAD UNIVERSITARIA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

## SUSCRICIÓN

POR MES . . . . .	\$ 0.60
PARA LOS SÓCIOS . . . . .	» 0.50
INTERIOR Y EXTERIOR . . . . .	» 0.70

SUMARIO:— *Un caso de distocia fetal por hidrocefalia*, por el Dr. don Francisco Soca — *Un viaje á Minas*, por el Br. don Luis Garabelli— *Celeste*, por Jorge Luna— *La Yerba Mate*, (conclusión) por el Dr. don Santos Errandonea— *Reflexiones*, por el Br. don Juan Campisteguy — *La Revolución de los Treinta y Tres*, por don Benigno T. Martínez — *A la Sociedad Universitaria* (soneto), por D. Ricardo Sánchez — *Bibliografía* — *Crónica Científica* — *Suellos*.

**Tomo I - Número 5**

*Director:* SEGUNDO POSADA

*Administradores:* CARLOS LAGOMARSINO Y FRANCISCO E. CORDERO

*Dirección:* PLAZA LIBERTAD NÚMEROS 56 Y 57

**15 de Mayo de 1884**

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA Y encuadernación DE LA LIBRERÍA NACIONAL, DE A. BARREIRO Y RAMOS  
CALLE CÁMARAS NÚMERO 80

## DIRECTORES

---

<i>De la Sección Ciencias Sociales</i> . . . . .	DR. DON MARCELINO IZCUA BARBAT
» » » <i>Ciencias Naturales</i> . . . . .	» » ELÍAS REGULES
» » » <i>Literatura</i> . . . . .	» » MANUEL HERRERO Y ESPINOSA
» » » <i>Ciencias Exactas</i> . . . . .	BR. » BENIGNO S. PAIVA
» » » <i>Crónica Científica</i> . . . . .	» » ALBERTO GOMEZ RUANO

---

---

## COLABORADORES

---

Dr. D. Santos Errandonéa, Dr. D. Luís G. Murguía, Dr. D. Ernesto Fernandez Espiro, Dr. D. Rosalfo Rodriguez, Don Santiago Maciel, Don Ricardo Sanchez, Don Tomás Claramunt, ingeniero Don Carlos Honoré, Don Ricardo Canargo, agrimensor Don Juan Monteverde, agrim. Don Antonio Benvenuto, agrim. Don Nicolás N. Piaggio, agrim. Don Eduardo Monteverde, Don Orosmán Moratorio, Dr. D. Juan José Segundo, Dr. Don Pedro Mascaró y Sosa, Dr. Don Alejandro Fiol de Perera, Br. Don Juan Campisteguy, Don Guillermo P. Rodriguez, Br. Don Luis Garabelli, Br. Don Alfredo S. Vidal y Fuentes, Br. Don Alfredo Giribaldi, Br. Don Miguel Lapeyre, Don Ramón de Santiago, Don José R. Muiños, Br. Don Claudio Williman, Br. Don José A. Canto, Dr. Don Francisco Soca, Br. Don Fernando Rios, Don José Arechavaleta, Dr. Don Joaquín de Salterain, Dr. Don Jorge H. Ballesteros, Dr. Don José T. Piaggio, Dr. Don Jacinto de Leon, Dr. Don Alberto Palomeque, Dr. Don Pablo De María, Dr. Don Isidro Revert, Dr. Don Oriol Solé y Rodriguez, Don Federico E. Balparda, Don Clemente Barrial Posada, Don Julio Piquet, Dr. D. Alfredo Vazquez Acevedo, Dr. D. Ramón Montero Paullier, Dr. D. Eduardo Vargas (hijo), Dr. D. José Pugnallín, Dr. Don Enrique Platero (hijo), Dr. D. Eduardo Acevedo, Br. D. Samuel Blixen (hijo), Dr. D. José Parietti, Dr. Don Alberto Navarro Viola, Secretario de la Facultad de Ciencias Sociales de Buenos Aires, Dr. D. Abel Miranda.

---

---

## SOCIOS CORRESPONSALES

---

Dr. Don Eduardo Acevedo y Diaz, Dr. Don Jacobo Z. Berra, Dr. D. Nicolás Avellaneda, Don Benjamin Vicuña Mackenna, Dr. Don L. Cruis, Director del Observatorio Nacional de Rio Janeiro; D. Juan de Saldanha da Gama, Director de la Biblioteca Nacional de Rio Janeiro; Dr. Don Antonio José Fernandez de Oliveira.

# REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA

AÑO I -- TOMO I

MONTEVIDEO, MAYO 15 DE 1884

NÚMERO 5

## UN CASO DE DISTOCIA FETAL POR HIDROCEFALIA

*Por el Dr. Don Francisco Soca*

El caso que voy á relatar á grandes rasgos, hiriendo apenas los puntos culminantes y deslizándome sobre detalles fastidiosos ó inútiles, es interesante por mas de un concepto. En primer lugar creo que no se ha observado jamás en nuestro país un caso tan singular entre los del género. Después, merece sin duda alguna un lugar entre los mas notables que consigna la ciencia. Además, el feto mismo es una pieza de primer orden y ya que no por su valor científico, merece al ménos ser conocido como objeto de curiosidad: Tales son las razones que explican esta publicación y deben si no justificarla, disculparla al ménos, ya que no obedezca al simple *pruritus scribendi*.

He aquí pues lo que he observado en compañía del doctor Bonasso, joven é ilustrado médico oriental que practica en Tacuarembó con lucimiento y fortuna.

Llamados á altas horas de la noche fuimos conducidos á un miserable rancho de los arrabales del pueblo, donde nos fué presentada la muger objeto de esta historia. Llámase Josefa Coitiño, oriental, de veinte y siete años de edad, de temperamento bilioso, constitución fuerte aunque está bastante emaciada, de sistemas óseo y muscular bien desarrollados. Dice haber tenido cuatro hijos, de los cuales tres vivos y uno muerto, además de un aborto---que todos sus partos fueron fáciles y rápidos aunque tuvo siempre sus hijos de todo tiempo---que ha sido siempre una mujer de salud excelente y no recuerda haber padecido ninguna enfermedad de importancia, apesar de la dolorosa miseria en que ha pasado toda su vida. Sin embargo dice haber tenido una supresión de ménstruo de unos tres años. La menstruación reapareció para desaparecer en seguida, hace unos nueve meses, desde cuya fecha data muy probablemente el embarazo actual. El curso del embarazo na

T. I

25  
DONACION  
AL FETO VIZQUEZ A REVEDO



da parece haber presentado de notable. Debe no obstante dejarse constatado que ha pasado durante la gestación por todas las penurias á que obliga la extrema miseria en que vive, y ha tenido necesidad para procurarse un sustento precario, de entregarse á los trabajos mas rudos por que puede pasar su sexo. Mas adelante verémos toda la importancia de esta observación. Josefa sintió los primeros dolores del parto hacia las dos de la tarde del dia de la observación. Despues de algunas contracciones vigorosas fué espulsado el cuerpo de un feto, desde cuyo instante el parto se detuvo, manteniéndose exactamente en el mismo estado hasta el momento del exámen.

Hé aqui ahora los datos de la exploración :

El estado general era bastante satisfactorio---La mujer estaba tranquila apesar de sus nueve horas de parto---Su pulso era fuerte, lento, perfectamente regular, su respiración normal ó muy poco acelerada---su voz fuerte y segura---sus ideas claras.

En cuanto al estado local, descubierta la mujer que estaba acostada en decubito supino sobre un lecho de andrajos---dos cosas llamaron desde luego nuestra atención: Entre los muslos un feto de aspecto singular al primer golpe de vista, espulsado hasta los hombros---el abdómen demasiado abultado, sobre todo teniendo en cuenta que habia salido ya de la cavidad uterina todo el cuerpo de un feto considerable---Mas adelante procurarémos hacer una descripción del feto.

El abdómen, era escesivamente voluminoso, de una forma chocante al primer golpe de vista, esférico á la vez que prominente en la parte media, uniforme en toda su superficie---producia muy claramente á la inspección, la impresión de una bola de grandes dimensiones que siendo esférica y resistente no podria moldearse á la cavidad abdominal de forma irregular, en la que estuviera contenida y llenaria sobre todo su diámetro anteroposterior.--Á la palpación se notaba una distensión considerable y una resistencia igual por todas partes, sin que fuera posible percibir nada que pudiera hacer pensar en los miembros ó la cabeza de otro feto. La pescusión daba una macidez completa y uniforme en toda la extensión del globo uterino gravido---La auscultación practicada con esquisita proligidad dejaba percibir dos fenómenos que deben dejarse consignados: uno negativo y de la mayor importancia, la ausencia de todo ruido de corazón fetal en todos los focos y en todas las posiciones;--- otro positivo, el ruido de fuelle uterino fuerte-suave, muy extendido igual en intensidad y timbre por todas partes.

La exploración vaginal estaba considerablemente dificultada por la presencia del cuerpo y parte del cuerpo del feto aún en la vagina. No obstante observando en diferentes ocasiones y en las condiciones diversas en que iba colocando el parto nuestra intervención, de la que después nos ocuparémos, pudimos constatar lo siguiente:

La cabeza --- como pudo hacerlo pensar la posición misma

que guardaba el cuerpo del feto --- estaba colocada de tal manera que su diámetro biparietal coincidía con el anteroposterior de la pelvis ó sacro pubiano, y el occipito frontal con el trasversal ó bisiliaco, estando la cara dirigida al lado izquierdo; en suma, en la situación exacta en que queda la cabeza del feto cuando ha sido espulsado el cuerpo en una segunda posición de nalgas---Y en efecto el dedo introducido en la vagina comprobaba la existencia á izquierda del mentón, la boca y las narices, notándose que el cuello estaba *en flexión moderada* y el *mentón completamente libre*, puesto que se podía hacer pasar la mano entre él y las paredes de la pelvis---A la izquierda se hallaba el occipucio y la fontanela occipital enorme y limitada por huesos deformes, salientes é irregulares y aún *oscuramente fluctuante*.

Introducida la mano (1) en la vagina y parte del útero como pudimos obtenerlo al fin aunque con grandes dificultades, se percibía: Por encima del frontal, no una fontanela sinó un espacio indefinido en el cual faltaba la resistencia ósea, pues en vano se buscaba por arriba la sutura biparietal en su origen anterior, en vano se buscaban los parietales por los lados así como los ángulos laterales de la fontanela bregmática: por todas partes, si bien es cierto que no podía explorarse sinó con mucha dificultad y en un corto espacio, por todas partes la misma sensación que puede ser la que da una membrana enormemente distendida por un líquido ó la de un cuerpo sólido, pero que no era evidentemente la tan característica de las superficies óseas. Sospechando de lo que se trataba buscamos la fluctuación sin poder comprobarla, entre otras razones sin duda por la violencia en que operaba la mano.

Por la parte del occipucio la mano entraba con mayor dificultad aún: no obstante pudimos constatar con bastante facilidad que la fontanela occipital no guardaba sus límites ordinarios y que por ejemplo no era posible hallar por arriba el origen posterior de la sutura biparietal ni por consiguiente los ángulos posteriores superiores de los huesos de este nombre. La mano percibía solo parte de los bordes posteriores de los parietales, muy separados uno de otro, muy salientes, muy irregulares y evidentemente demasiado grandes.

La fontanela si así puede llamarse un espacio de límites tan insólitos no daba tampoco la sensación que le es característica: sin duda no había hueso debajo del dedo---pero el cuero cabelludo se presentaba con una distensión que estaba fuera de las condiciones normales.

(Continuará)

(1) No deben sorprender al lector ciertos atrevimientos de exploración que nos hemos permitido. Si sigue leyendo hallará que están plenamente justificados.

## UN VIAJE Á MINAS

*Por el Br. Don Luis Garabelli*

Daban las siete de la mañana del día Miércoles Santo y descendíamos de un coche del ferrocarril del Este, yo y tres de mis amigos para ingresar en las habitaciones de espera de la estación de Pando, de donde á los pocos instantes pasamos á una de aquellas pesadas diligencias que cruzan nuestro territorio en todas direcciones. En un momento, equipajes y pasajeros quedaron encerrados en el vehículo que debía recorrer durante horas y horas el larguísimo trayecto que separa á Pando del pueblo de Minas. Nos pusimos en marcha interrogando con la mirada la atmósfera que nublada y tormentosa anunciaba copiosa lluvia. Entre esta desagradable perspectiva y la descripción que nos hacía el mayoral del pésimo estado de los caminos, poco menos que intransitables, empezaron las trepidaciones de si alcanzaríamos en el mismo día á ver el pintoresco pueblo, capital del departamento de Minas.

Al principio todo fué un envolverse entre los pliegues de los gruesos ponchos para defendernos del viento fresco que reinaba y que introduciase indiscreto por las ventanillas de nuestro coche; luego, á medida que se adelantaba en la carrera dando tumbos, comenzó el cambio de palabras cordiales con nuestros tres desconocidos compañeros de viaje. El frío intenso hacía que dos de estos últimos se frotasen continuamente las manos, ejecutando tal movimiento con tanto entusiasmo que hubiérase creído esperaban recibir sorpresas agradables. El otro, hombre muy serio, se había situado en un ángulo y de allí, tranquilo, escuchaba nuestros alegres coloquios, participando de ellos con uno que otro monosilabo. La conversación tomaba diferentes giros interrumpida por frecuentes carcajadas, ocasionadas por chistes, cuentos y trozos de materias fangosas que venían á acariciar nuestros semblantes, semejando presentes con que los caballos nos recordaban su fatiga. Se cierran las ventanillas por el lado del pescante, mas por el otro entra finísima lluvia. Esta pronto cesa y un pálido rayo de sol se abre paso entre las ligeras nubes; se refira temeroso de rasgar los tules vaporosos que for-

man la ligera niebla que todo lo envuelve, y se asoma nuevamente allá á lo lejos iluminando una pradera, una colina, ó dibujando claramente los contornos de gigantes árboles. Aves de múltiples colores y clases cruzan el espacio, poetizándolo todo con sus cantos diversos, cantidades de ovejas pacen tranquilamente, allí una tropa de ganado, mas allá una larga fila de carros, de este lado uno que otro gaucho montado en su caballo y recorriendo al galope aquellos tortuosos senderos, de aquel otro algunos caseríos, tierras labradas é innumerables maizales cruzados por tres cazadores que en busca van de las incautas avecillas que pueblan el campo, que con sus gorjeos y melodías remedan la música de los hombres, de ese lenguaje sublime, el único inteligible á todos los seres del universo.

Y adelante marchaba el cuarteador describiendo en su marcha líneas rectas, oblicuas, curvas, indicando la senda transitable á los nobles animales que hostigados por el látigo y los continuos gritos del mayoral seguían adelante, hundiéndose en el fango, atravesando arroyos, saltando cañadas, salpicando el vehículo y á pasajeros con toda aquella mezcla de agua y tierra, producto de la incuria de los encargados por el pueblo de la custodia de los caminos.

Nuestro cuerpo continuaba á merced de los movimientos de la diligencia y nuestra vista recreábase con el bello panorama presentado por las numerosas colinas, bosques, valles, cerros y otras múltiples variedades de aquellas vastas campiñas.

Y así entre el mucho mirar las agrestes cuchillas, los cambiantes continuos del horizonte, el mucho hablar y referir sandeces, el disparar tiros de pistola, llegamos sin lamentar percance alguno á Solis Chico, siendo próximamente las once de la mañana. Almorzamos regularmente y media hora después seguíamos nuevamente la marcha. Otra vez charlar y reír, mirar los espesos bosques, las aves de múltiples colores, dando de la cabeza una que otra vez en el techo de la diligencia y observar los caballos saltando fosos, cañadas y lagunas llenas de fango, en las que enterrábanse hasta medio cuerpo y así entre el chasquido del látigo, los *yup, yup*, del mayoral, llegamos á la primera posta, donde desenganchan los fatigados caballos y se les reemplaza por otros frescos. Vemos con placer que el día se vá serenando con lentitud y que las nubes se retiran al oriente. Todo está listo y la marcha prosigue. Desde allí vislúmbrense las sierras de las Animas que semejan á gigantes reptiles serpenteando en el lejano horizonte, rematando á la derecha con el cerro Pan de Azúcar y á la izquierda con el cerro Verdún, centinela avanzado de los muros de Minas. Se ven lejos, lejisimos, envueltas entre las nieblas, contribuyendo éstas con sus matices pardo-oscuros á presentar su aspecto con colores fantásticos. Los accidentes del camino que recorreremos ya las ocultan ya

las muestran en toda su extension, un rayo de sol atraviesa las brumas que las rodean y aparecen por algunos minutos en toda su esplendidez con sus enhiestas cumbres y sus mil tortuosidades. Se hacen leguas y leguas con la mirada fija sobre esas peñas tan erguidas cuyas extremidades á veces se confunden con el nublado cielo, y hacia ellas se avanza y nunca se llega. ¡Qué largo parece el camino! el espíritu ansioso, vuela y se detiene en contemplacion extática al pié de aquellas poéticas elevaciones y ya os parece saltar entre las escabrosas rocas, ascender las rápidas pendientes, y descubrir objetos curiosos y guardar piedras estrañas, mientras el alma se expasia desde las alturas dominando orgullosa las inferiores regiones, que allí abajo en toda su desnudez se descubren . . . . La diligencia se detiene, el cuarteador se desprende del conjunto, avanza, retrocede, investiga, es necesario aligerar el vehiculo: pié á tierra y saltamos por las hendiduras del terreno y por el cerco de alambre y recorreremos un trecho sobre una verde alfombra.

Mientras tanto los caballos, hostigados por sendos latigazos y por los gritos, hacen esfuerzos poderosos para atravesar el gran foso, dán los primeros pasos sobre el blando suelo, cruzan de un brinco y suben del otro lado victoriosos y el pesado carricoche hundiéndose hasta los ejes asciende velozmente. Desapareció el peligro y un *hurrah* entusiasta saluda al fatigado mayoral. Prolongamos aún por momentos nuestro paseo á pié y en el campo no queda objeto sin recibir tiros de pistola. Nos encerramos de nuevo en la embadurnada diligencia. Adelantan dos leguas y el continuo traqueo hace que cierta languidez se apodere de nuestro cuerpo, el que ensaya mil posiciones hasta hallar la más cómoda, los ojos miran con una expresion que nada dicen, se contempla en silencio, absoluto mutismo en toda la línea . . . ya algunos dormitan. Y transcurren las horas entre el cambiar caballos en las postas, el recorrer leguas y leguas, bajar esta pendiente, cruzar á escape el Solís Grande y lentamente el bañado de Otormin y ascender por este repecho y descender por aquella colina hasta ver de nuevo y muy próximo los dos cerros que custodian la entrada al pueblo de Minas: *Verdún* y el *Negro* (1).

En los relojes dieron las seis y media de la tarde y nuestros estómagos pedían algo con que entretenerse. Se esperó la llegada á la primera posta y del fondo de los cajones salieron como por encanto una gallina asada, un pollo y otros teneres de la misma naturaleza, que con rapidez quedaron engullidos y sepultados en las profundidades donde en quilo se convierten. Las brumas de la noche empezaban á tender su denso

(1) Es sumamente curiosa la procedencia que le asignan los habitantes del pueblo, al nombre de este cerro. Cuentan que durante muchos años las rocas desiguales y escarpadas de esta montaña sirvieron de morada á un negro esclavo, huido de la casa de sus amos, y de ahí el nombre de: *Cerro Negro*.



velo, borrando en los horizontes los contornos de los altos cerros que semejaban fantasmas, las verdes alfombras perdían sus matices, en la inmensidad del éter brillaban los puntos luminosos, una que otra nubecilla navegaba en el cielo estrellado, y muy pronto todo vióse envuelto por la potente claridad de una bella Luna llena. El *Verdún* y el *Negro* nos presentaron en breve todo su frente y el pueblo de Minas se divisó á la distancia con todas sus lucesillas y bañado en un mar de plata; de pronto desapareció: caminábamos entre dos altas colinas, luego atravesamos un arroyuelo, en seguida otro, mas extenso y poético que el primero, en cuya superficie tranquila y tersa, se miraba la Luna, la que muy amable alumbraba nuestro paso por aquellas aguas entre dos largas hileras de árboles que se inclinaban con sus ramas hasta besar el arroyo. Media hora aún de camino y Minas presentóse nuevamente con toda su poesía. Subiendo y bajando por las irregularidades y accidentes del terreno entramos al pueblo á los pocos minutos. Y pronto al hotel con las balijas á calentarnos el estómago con una buena taza de caldo, para dormir en seguida hasta las seis de la mañana del día siguiente, en cuya hora seis buenos caballos nos esperaban. Montamos en ellos, cada uno con un morral, un cuchillo de monte, una pistola y una escopeta de dos tiros. Éramos seis, pues se nos habían agregado dos compañeros. Un galope de dos horas nos llevó á uno de los sitios mas agrestes y pintorescos del departamento, donde descansamos, aprovechando de la generosa hospitalidad que á los forasteros se ofrece en las estancias. Allí en su humilde cabaña de juncos y en su *rancho de estanteo* vive sencillamente la viejecita y su hija, familia del gaucho leal y franco que es señor en aquellas soledades. Fué llegar y recibir mil ofrecimientos con extrema cordialidad y expansión. Se nos presentó el mate por un lado y jarrones de leche por el otro. *Sírvase de un amargo*, nos interpelaba el gaucho con su cigarrito en la boca, su chiripá y botas de potro. Se hallaba sentado frente á nosotros casi extendido sobre un banco, dejando caer con negligencia sus piernas, en las que se adivinaba la curva de las tibias, ocasionada por la presión del cuerpo de los potros y de la tensión de los músculos inferiores. Nos engolfamos en grata conversación con aquellas buenas gentes, la que se deslizaba pausadamente entre un mate, un *dejuero* y un *juerte* y otras múltiples modalidades y expresiones de su extraño vocabulario. Su voz siempre reposada, sus ojos profundos y de mirar sereno, su cabeza siempre erguida sin inclinarse ni ante un saludo, ni ante una expresión halagadora: parece tuvieran la parte superior de la columna vertebral sin articulaciones; y échese usted á averiguar si esta rigidez es fiereza ó indiferencia ó ignorancia saludable del convencionalismo que existe en las ciudades, donde las genuflexiones abundan como los artículos en los Códigos. Casi afirmaría que algunos de aquellos hombres tienen mas integridad y ca-

racter que ciertos hombres de Estado de Europa y América y menos hiel que la guardada por la irritada vesícula de los pesimistas *Aristarcos* de todas las épocas.

Si les habláis de progresos, civilización, adelantos y colectividades sociales, os miran con curiosidad y os contestan con..... fumarse un cigarro. Viven tranquilos y modestos entre oír el mugido del toro, el relincho del caballo, el berrido de las vacas y en contemplar lo mas grande y lo mas bello: el cielo estrellado, el astro del día y el de la noche, y las inmensas campiñas con sus selvas y sus bosques.

Se almorzó y luego nos divertimos de mil maneras, ya cual desalmados cazadores hiriendo avecillas, ya en mil excursiones paseándonos por la orilla de los arroyos, ocultándonos en las hondonadas para sorprender a los dañinos cuervos y en largos rodeos entre matas y hierbas, lo veíamos todo, librándonos de los rayos solares, nuestra exploración en intrincado laberinto de sombrías espesuras.

Nos despedimos de aquellas buenas gentes, agradecemos sus atenciones y con los morrales henchidos de plumas regresamos al pueblo guiados en los tortuosos senderos por la luz generosa de la luna. El día siguiente se empleó en largos paseos por Minas y sus alrededores. La posición topográfica de este pueblo es en alto grado pintoresca, hállase situado en un valle, algo mas elevado que los límites divisorios que lo separan de las faldas de las colinas y cerros que lo rodean completamente. En cualquier dirección, la mirada se encuentra con sierras, cuchillas, montes, todo lo que matizado con diversos colores aumenta la poesía natural del blanco caserío que se encajona en las profundidades de las cordilleras. A la entrada murmullan majestuosos los arroyos La Plata y San Francisco. La plaza es bellísima y en su centro se levanta una estatua sobre base de mármol representando a la libertad, obra muy anti-artística y debida a un cincel que de seguro conspira contra la integridad del arte escultórico. El edificio de la Gefatura está construido con cierta elegancia y con regularidad de formas. Próximo a la plaza se halla el Teatro Unión de propiedad del nunca bien ponderado don Isidro, que hace no mucho tiempo entró en extensas explicaciones acerca de su coliseo con Sanson Carrasco, quien halló tema suficiente para hacer una prolija y circunstanciada descripción del bello teatrillo de Minas. Cerca de la Gefatura hay un angosto y largo salón con el nombre de Iglesia, la única, muy modesta por cierto, que existe en el pueblo. En la parte superior de la entrada tiene a guisa de torre, dos trozos de muros en triángulos que sostienen en su centro las campanas encargadas de llamar a los fieles. Tal vez dentro de algunos años tendrán los habitantes del pacífico pueblo un recinto sagrado de más importancia, pues a cierta distancia de la plaza, desde tiempo atrás se viene construyendo el edificio que será la iglesia principal. Y a uno y a otro lado de este, vése una línea

de casas que llegan próximamente hasta la falda de las colinas, cobijando todas ellas una población de cuatro mil habitantes, entre los que sobresale una sociedad distinguida en discreto número y un abigarrado conjunto de hombres de variedad de clases y colores, desde el gaucho de bota de potro hasta el que frecuenta los hoteles, desde el joven de blando sombrero hasta el paisano con pañuelo de golilla, desde la niña oriunda de la capital hasta la sencilla joven nacida á 50 leguas tierra adentro.

Y entre observación y observación llegó la noche y el pueblo quedó envuelto en las plateadas gasas de la luz poética del astro de las sombras (sic). Al día siguiente debía verificarse nuestra excursión á los cerros de Arequita. Á las cinco de la mañana arreglamos nuestro equipaje compuesto de pan, vino y cartuchos y con todo él montamos á caballo y al cuarto de hora los seis corceles emprendían lenta marcha. La mañana estaba fresca, la luna aún en todo su esplendor iluminaba las campiñas, soplabá un ligero céfiro, una que otra nubecilla cruzaba el espacio y las estrellas hallábanse prontas para despedirse avergonzadas de la luz brillante del sol que en breve alumbraría nuestro camino. El estado de la atmósfera prometía un día espléndido, las avejillas cantaban é iban por los aires en bandadas, las ovejas corrían aquí y allí, tropas de ganado se veían en varias direcciones, en algunas tierras semi-sembradas aparecían labradores preparados á fecundar con su sudor el fértil suelo, uno que otro perro nos salía al encuentro y los toros emprendían la carrera al aproximarnos. Los primeros tintes de la aurora aparecieron suavemente en el oriente, se extendieron sus colores, creció su intensidad en medio de límpida transparencia, se presentaron rosáceos arboles y cambió la escena: los objetos fijaron sus contornos en el espacio, los bosques se matizaban, las lejanas cuchillas presentábanse visibles, solo los altos cerros aun confundían su cumbre con lo alto de la atmósfera, se veían las gotitas de rocío salpicar nuestras ropas al cruzar entre las hierbecillas y la marcha se aceleraba en dirección al Cerro de Arequita, que cual gigantesco aereolito caído del firmamento ostentábase clavado en suave colina que se columbraba en el horizonte.

Llegamos al pié de la inmensa roca de granito, nos desviamos á la izquierda y marchamos en dirección á una estancia donde dos paisanos bizarramente sentados sobre sus caballos corrían en pos de una res, la que en un instante volteada, muerta y dividida en cuartos fué transportada á la cuchilla. Dió algunas órdenes el señor Melgar, uno de los amables compañeros de excursión y director del paseo á Arequita; y regresamos en seguida á la falda de la gran colina y pronto emprendimos la fatigosa ascension por los lados del altísimo cerro.

Miles de tropiezos por entre las muchas irregularidades de la rápida pendiente, obstáculos numerosos en los matorrales

y paso tras paso llegamos fatigados al primero y único descanso de la alta montaña: un largo corredor, rodeado profusamente de arbustos y arbolillos, cubierto por techo colosal de piedra, que sobresale del resto de la roca burlándose de las leyes de gravedad. Aquel curioso peldaño podría contener con comodidad unos sesenta hombres.

Mientras los paisanos entreteníanse en arreglar el *asao*, visitamos la gruta que antiquísima erupción volcánica escondiera bajo tan colosal masa de piedra. Cada uno de nosotros armóse con velas encendidas y el más práctico en tales exploraciones se colocó en primera línea para dirigir la marcha.

La entrada á la primera gruta, cuya abertura estrechísima se halla al fondo del costado Este del corredor, la verificamos en la posición de los cuadrúpedos, arrastrando nuestro cuerpo por la série de sinuosidades del camino. La novedad de la marcha produjo escenas jocosas: uno al pasar de una roca á otra resbalaba y el negro polvo húmedo del suelo se adhería á sus manos y semblante, á otro se le apagaba la luz y quedaba á oscuras su marcha, á este faltábale el punto de apoyo é iba á dar en una cavidad llena de agua, á aquel vencido por la risa yacía tendido sobre la capa resbaladiza y recibía las gotitas que filtran de lo alto de la gruta en cuyas paredes irregulares producían un ruido seco nuestras carcajadas. Fatigados por el continuo arrastre, retrocedimos, abandonamos aquella cuenca y salimos á respirar el aire puro, embalsamado por el generoso perfume de hierbecillas odoríferas. Fué salir y causar la risa de los paisanos al ver nuestro traje, manos y semblante embadurnados. Después de hacer honor á lo preparado por nuestros amables compañeros, emprendimos marcha hacia la otra enorme roca que oculta en su seno la gruta más grande. Llegamos: son dos grandísimos peñascos, de forma irregular, entre los que hay una abertura y en esta una escalera natural por la que se desciende á la oscura gruta. Frente á la hendidura en que se halla el descenso se vé otra en la que valiéndose de los peldaños que forman los puntos salientes de las rocas se puede con alguna dificultad ascender hasta la cumbre del cerro siempre guardada por cantidad de cuervos y águilas.

En el origen de la división de los dos peldaños y en una de sus paredes existe una placa de yeso donde se leen estas palabras:

DUEÑO DON J. MONTERO  
DESCUBIERTA EN SET. POR DON P. CARVALLIDO  
MEJORADA POR LOS « AMIGOS DEL PROGRESO »  
É INAUGURADA  
EN NOVBRE. DE 1873.

Entramos en la gruta con la ayuda de antorchas e iluminamos sus grandes concavidades. Dos metros de alto, diez de largo y cuatro de ancho son las dimensiones aproximadas de la irregular cueva. Su parte superior interna, está cubierta de murciélagos, cuyo chirrido produce un ruido sordo, su piso ondulado y húmedo contiene una espesa capa de huano de esos animales; de todas partes destilan gotitas de agua cristalina y en un rincón un tonel se encarga de recojer parte de ellas para apagar con su frescura la sed de los visitantes, y en el otro un charco de agua para sorprender á los distraídos y al fondo una elevación que alumbrada semeja á una tribuna de donde se domina todo el interior. En un instante, el recinto quedó alumbrado y presentóse en todos sus detalles la mentada gruta de Arequita, con sus anfractuosidades, su huano, su agua pura y sus murciélagos. Vista así, es á la verdad imponente el aspecto que presenta, maravillosa su conformación general y hace meditar en las revelaciones geológicas que dieron por resultado una concavidad tan grande en el seno de tan gigantescas rocas.

Se mira, se piensa; se vuelve á mirar, se golpea el húmedo suelo que sin base interna parece, tan extraño es el ruido que produce, se le examina é impaciente y ansioso, se desearía hallar algún geólogo que con su ciencia y su saber explicase la formación de aquel rincón oscuro y oculto en las profundidades del granito.

Bah! y aunque viniese y estudiase sabría tanto como el infrascrito, y á fuerza de acumular hipótesis y suposiciones haría desaparecer la poca luz que aun hay alrededor de la gruta y con trabajos y cavilaciones se acercaría tal vez á la verdadera causa, secretos que con otros muchos tiene la naturaleza larga colección formada para mofarse de los hombres. Lo que de seguro sacaría en limpio sería la especie á que pertenece la roca aquella, la propiedad médica que ha de poseer indudablemente el agua que abundante fluye en gotas y mas gotas y continuar de investigación en investigación por si se hallaren otras *virtudes naturales*.

Y salimos de allí con la mente en tumulto, con los ojos extraviados, enlodados regularmente y entusiasmados gritamos viva . . . Arequita. El eco no respondió, las voces quebráronse entre las mil tortuosidades y caprichosos giros de las peñas y en venganza hicimos fuego en toda la línea hiriendo águilas y cuervos, fieles guardianes de las enhiestas cumbres que nos rodeaban. Fué un rodar de alas negras y un volar aquí y allí de aquellas aves, acompañado todo eso de penetrantes graznidos. Nueva descarga y se da la orden de marcha. Se monta á caballo y se galopa.

El sol moría lentamente y sus rayos herían las peñas mas erguidas. El azul del cielo muy en breve se tornó azul oscuro. La noche se presentaba tranquila y hermosa. Habíanos cabido en suerte que todas ellas así fueran mientras duró

nuestra estada en Minas. La Luna llena en su apogeo lo envolvía todo con su melancólica luz, las estrellas se sonreían y se miraban plácidamente, ni una nube cruzaba el firmamento. Hicimos alto á los bordes de un arroyo y contemplamos embelesados el vasto panorama. El arroyuelo murmulla, las luciérnagas encienden las enramadas con sus múltiples luces, árboles de ténues filamentos á impulsos de un vientecillo suspiran no se que melodía graciosa, *Belliniana*: apunté cuatro compases en la memoria; silencio absoluto nos rodea, interrumpido apenas por el zumbido de los insectos, y por todas partes un horizonte cruzado de cuchillas y colinas. La naturaleza aparecía en toda su quietud y esplendidez y ante ella la mente se extasiaba, se engolfaba en sublimes pensamientos, las ilusiones volvían, la mirada perdiase en la inmensidad del infinito: son aquellos tales instantes como para oír la *Serenata de Haydn* ó la *Melancolla de Sivori*, inspiraciones altísimas creadas por poéticos cerebros. Esos minutos de embeleso nos hicieron olvidar la augusta capital de la calumnia: la ciudad; proseguimos con los caballos al trote para retardar la llegada á Minas y gozar por mas tiempo de tanto silencio y tanta poesía; son espectáculos que tranquilizan el espíritu y confortan el alma, la que libre se expasia en medio de esa virginal naturaleza.

Un cúmulo de muros blancos matizados con centenares de lucecillas nos indicó el término de nuestro paseo nocturno.

Para los días siguientes aun quedaban las escursiones á las sierras de las *Animas*, al cerro de *Verdún*, á las *Minas*, al cerro de los *Penitentes*, y otras tantas curiosidades que por allá abundan, mas nuestra sociedad viajera se disolvió momentáneamente para rendir culto á Terpsicore, á Diana, á Euterpe y á Cupido.

Nos reunimos en la madrugada del miércoles para despedirnos del pintoresco pueblo y nuevamente encajonados en la diligencia saludamos á Minas que tranquila y rodeada de gasas de luz dormía envuelta en absoluto silencio.

Eran las cinco de la mañana y ya íbamos á pasar por la ancha puerta que forman el *Verdún* y el *Negro* y nuestro corazón se oprimía y mirábamos con cierta tristeza aquel blanco nido encerrado entre montañas, donde seis días habíanse deslizado tranquilos, lejos del bullicio, oyendo solo las armonías de sus bosques.

El frío hizo se cerraran las ventanillas y los viajeros dormitaron. La luz del sol no tardó en invadirlo todo y el regreso continuó en la misma forma de la ida.

Llegó la noche y el ferrocarril nos hizo ver á lo lejos nuestro cerro, guardián de la capital de nuestra querida patria. Nuestro cansancio se trocó en alegría y saludamos nuestra bella ciudad, envidiada por los colonos de Sud-América.

Mas ella, la veíamos allí prístina, sorridente, meciéndose dulcemente en sus auras y olvidando de equilibrio y de fiel en

la balanza, en cuyos platillos se pesan los destinos de esos pueblos y sus preceptos internacionales. Y su belleza nos hizo olvidar momentáneamente la poética Minas. Pero su recuerdo nace de nuevo cuando el espíritu tiende sus alas y se cierne en las alturas. Eso dió lugar á estas páginas que entregamos á los lectores benévolos que hasta perdonan la libertad de escribir impresiones de viaje.

Montevideo, Mayo 1° de 1884.

## CELESTE

*Por Jorge Luna*

Yo no he visto jamás mujer alguna  
Que tenga el aire ni la gracia de ella :  
Bajo los rayos de la blanca luna  
No hay otra mas gallarda ni mas bella !

Cuando su boca de color de grana  
Se mueve á impulso de celeste risa ,  
Semeja el cáliz de una flor temprana  
Que se abre al beso de la casta brisa .

Hay en su voz tan mágica armonía  
Que al resonar su vagaroso acento,  
Se cree escuchar lejana melodía  
Que nos repite con amor el viento.

Al caminar ondula cual la palma  
Que en los desiertos lánguida se mece :  
Quién la contemple sin perder la calma  
Un galardón por su valor merece !

Cuando habla, calla la Natura entera  
Para escucharla, de placer absorta ;  
Y cuando ríe, el aura placentera  
Su ráudo vuelo, sin pensar, acorta !

Dulce y risueño es su nevado rostro :  
Su palidez de lirio me enamora :  
¡ No sé como á sus plantas no me postro  
Cuando miro su frente soñadora !

Mirarla sin amor es loco empeño ;  
No volverla á mirar fuera la muerte :  
¡ Soñar con ella es un divino sueño  
Que no resiste el corazón mas fuerte !



Todo en ella es dulzura y poesía ;  
A su mirada el mundo se embellece ;  
Cobra esplendor el luminar del día ,  
Y hasta el polvo que pisa resplandece !

¿Es ángel?... ¿es mujer?... La mente inquieta  
Duda, al tender su temerario vuelo,  
Si la forjó el delirio de un poeta,  
O si ha bajado del azul del cielo!

¿Tiene igual? No lo sé: no lo imagino,  
Ni es dado alimentar esta esperanza.  
Su rostro angelical y peregrino  
No tiene, no, en la tierra semejanza!

Yo no he visto jamás mujer alguna  
Que haga latir el corazón como ella;  
Bajo la luz de la plateada luna  
No hay otra mas amada ni mas bella!



## LA YERBA MATE

PREPARACIÓN --- PROPIEDADES FISIOLÓGICAS

*Por el Dr. Don Santos Errandonéa*

(Conclusión)

El mate no limita su acción simplemente al estómago; no siendo absorbido todo en este órgano, pasa un resto al intestino, en cuya mucosa empieza á determinar los mismos efectos que en la gástrica, si bien con menos intensidad debido á la pérdida por absorción de algunos de sus principios más activos. Couty, que ha introducido en diversas ocasiones, valiéndose de la sonda esofágica, en el estómago de un perro una infusión concentrada de mate, en cantidades variables de cien á cuatrocientos centímetros cúbicos, ha notado una hora después de la inyección estomacal, una série de cámaras, primero sólidas y después líquidas, bastante abundantes, y acompañadas de una excitación vivísima de los movimientos intestinales. Examinando después en la autopsia las alteraciones producidas por la sustancia con que experimentaba, ha encontrado los intestinos gruesos y delgados, poco voluminosos, casi inmóviles, como contraídos y congestionados en todas sus tunicas sobre todo en el sentido de su longitud aun en los puntos en que la infusión de mate no ha llegado todavía. Idéntica congestión ha hallado en los riñones, hígado y vejiga.

La infusión de la yerba una vez en contacto con la superficie absorbente de la mucosa intestinal, que por la hiperemia de que es asiento, como ya se ha dicho, favorece el paso rápido de los principios solubles al torrente circulatorio, va á ejercer su acción casi simultáneamente sobre los tres órganos de cuyo equilibrio funcional depende la vida, sobre el tripode de Bichat, para después determinar una disminución en la actividad de las combustiones orgánicas.

El corazón, el órgano el primero en nacer y el último en morir, que traduce la menor excitación en la aceleración de sus latidos, y la mas mínima acción deprimente en su disminución, deja traslucir en su alteración funcional los efectos que sobre él ejerce el mate de una manera pasagera. Si éste ha sido tomado caliente, las contracciones cardíacas, lo mismo que los movimientos respiratorios, aumentan de frecuencia, no ciertamente por una acción especial de la cafeína sino

por la temperatura siempre algo elevada del agua en que se ha ingerido, añadida á la ligera excitación originada en el organismo por la presencia de un principio extraño, verificándose en este caso un eretismo análogo al producido por la ingestión de una pequeña cantidad de alcohol, que va seguida de una mayor actividad en las funciones todas, y de mayor facilidad en la concepción de las ideas, Couty ha observado que en los perros que había sometido á la experimentación, como he dicho más arriba, los latidos del corazón habían aumentado de una manera considerable después de haberles hecho *tomar mate* por medio de la sonda esofágica, llegando á veces hasta el doble y siendo siempre seguida esta aceleración de un descenso en la presión arterial.

Marvaud, que también ha estudiado la acción del mate sobre el órgano central de la circulación, ha visto que después de tomar sesenta gramos de una infusión de yerba, en las proporciones de quince gramos por doscientos de agua, hay un aumento en los latidos del pulso y una disminución en su tensión. El esfigmógrafo, del cual se ha valido para obtener una expresión gráfica de estas alteraciones, así lo ha demostrado de una manera evidente. Véase lo que dice este autor: «Los efectos de la yerba sobre el aparato circulatorio se parecen mucho á los del té, é indican como en este una preponderancia marcada de la acción de las esencias aromáticas contenidas en esta bebida, sobre los efectos de la cafeína que ella encierra.»

El doctor Mantegazza, comparando las diversas bebidas aromáticas bajo el punto de vista de la excitación cardíaca producida por cada una de ellas, ha formado el cuadro siguiente:

Agua . . . . .	30.8	$\left. \begin{array}{l} \text{ó bien tomando por} \\ \text{unidad la excitación} \\ \text{producida por el agua} \\ \text{caliente:} \end{array} \right\}$	1.
Té. . . . .	40.6		1.22
Café. . . . .	70.0		2.27
Cacao. . . . .	87.3		2.84
Yerba-mate. . . . .	106.2		3.43
Coca . . . . .	159.2		6.17

Couty ha notado además, que el mate absorbido, ya en dosis macizas, ya en dosis fraccionadas, por el estómago ó por las venas, ejerce una acción considerable sobre los gases de la sangre; esta es modificada tanto cuando es venosa como cuando es arterial, pues disminuye en proporciones enormes su oxígeno y su ácido carbónico, correspondiendo á veces al tercio ó á la mitad de las cantidades normales. Los movimientos respiratorios, que siempre marchan paralelamente con los del corazón, sufren también la influencia del aumento en la actividad funcional de este órgano. Se han concedido erróneamente propiedades diuréticas al mate. Pero puede fácilmente explicarse la necesidad que se siente de efectuar á menudo la

micción si se tiene presente la acción contractil de la cafeína sobre las fibras musculares lisas de la vejiga; y el aumento en la cantidad de líquido eliminado por el emuntorio renal, encuentra lo mismo su explicación en la cantidad y en la temperatura del agua que se ingiere.

Couty dice que *según parece* no posee el mate una acción notable sobre los centros nerviosos. A otros autores, como Mantegazza y Marvaud, lo primero que les ha llamado la atención ha sido precisamente su acción estimulante sobre el sistema nervioso. El primero de estos sabios dice que obra principalmente sobre la inteligencia, mucho más que el café y el té y determinando una sensibilidad exquisita. Muchas veces debilitado por largas caminatas y por un calor abrumador yo me he sentido inmediatamente aliviado tomando un mate que el posadero me ofrecía. En ese momento ninguna otra bebida me habría restablecido tan pronto y tan fácilmente como esta sustancia. En la marcha forzada los soldados que carecen de yerba, llenan de agua caliente el mate donde ellos se sirven su licor privilegiado, aspiran esta agua con una bombilla, y engañan así su estómago con el ligero gusto que toma el líquido en contacto con las paredes del mate.» (Mantegazza). Aún aquellos que saborean la infusión del *Ililex* solo por la influencia del hábito, no buscan ciertamente más que sus efectos estimulantes.

Al lado de los beneficios que pueden obtenerse del mate, siempre que uno se mantenga dentro de los límites de la moderación, toda vez que no se haga un uso exagerado de él, se hallan los perjuicios inherentes al uso de la bombilla. ¡Cuántas veces un organismo habrá sido víctima de la infección específica que Fracastor bautizó con el nombre que hoy lleva y que le inspiró algunas estrofas! ¡Cuántas veces habrá sido transportado, en la estremidad de una bombilla, el virus de una placa mucosa á un labio, para hacer aparecer en él una ulceración hunteriana! Esta misma manera de contagio puede tener lugar en diversas otras enfermedades. Hoy que está demostrada hasta la evidencia, y aceptada por todos la naturaleza parasitaria de la tuberculosis, no es anti-científico admitir que pueda propagarse de este modo.

El mate es utilizado por poblaciones esparcidas sobre una superficie tan vasta como la Europa entera. Puede imaginarse la crecida cantidad de yerba que consumirán, teniendo presente, que una sola provincia del Brasil, el Paraná, exporta anualmente quince millones de kilogramos y otra, vecina á la anterior, la de Santa Catalina, una cantidad igual al tercio de la primera. Si á esto se añade la exportación de las demás, y sobre todo la del Paraguay; se verá, dice Couty, que el consumo anual de esta sustancia asciende á unos 500.000 quintales.

## REFLEXIONES

(DEDICADAS Á MI AMIGO JUAN F. DELGADO)

*Por el Br. Don Juan Campistegui*

### I

La idea, emanación legítima del pensamiento, ha sido con razón objeto de admiración para unos y hasta de idolatría para otros; osadía fuera pues, querer chocar abiertamente contra esa influencia que le es propia y menos cuando ella se ejerce sobre espíritus preparados para darle calor, aliento y vida.

Pero la idolatría, capaz de acciones heroicas cuando la impulsa un grandioso pensamiento, degenera en repugnante deyección que ennoblece y hasta dignifica lo más vulgar cuando á cosas ínfimas y sin valor se contrae. Si bien la idea no ha contado idólatras de este último grupo, ha tenido no obstante místicos tan arrobados en la contemplación de su omnipotencia, que muchas veces la han convertido en palabra estéril y vana.

Estas consideraciones dan origen á dudas que nos asaltan ¿en qué consiste la omnipotencia de la idea?

¿Basta por ventura lanzarla al aire, para que dé hermosos frutos, que extiendan sus ramificaciones á los cuatro vientos? ¿Es suficiente que el pensamiento la conciba y la publique para que se poseione de los espíritus y adquiera vida fuerte, vigorosa y enérgica?

O por el contrario ¿es necesario para que nazca viable, que ella sea madurada en el seno de la sociedad, que ella sea resultante y producto de esas fuerzas sociales y armonice con su existencia las pasiones, los intereses y los mismos acontecimientos que le han dado margen?

No hagamos hincapié en veleidosas afirmaciones, ó en ligeros juicios. La historia, he ahí el único archivo que puede resolver esta cuestión con entera independencia y mayor lucidez todavía. Ella, que guarda en su seno, como madre cariñosa, el recuerdo de los acontecimientos humanos, ella que nos hace atravesar el espacio y el tiempo en alas de sus inapreciables páginas, nos servirá de guía y mensajera; del confuso torbellino de hechos que describe, del laberinto intrincado de fenómenos que señala, saldrá la palabra autorizada que declare roto el misterio y despejada la duda.

## II

Á la verdad que los apologistas de la idea tienen á su favor, las apariencias engañosas de hechos y fenómenos no analizados en su fondo ó rodeados de un análisis incompleto.

No pido que dirijais vuestra mirada á fin de sondear el caos de la historia antigua; todo allí es fabuloso, cosa muy natural en la infancia de los pueblos, porque para ellos como para los niños la fábula es mas sonriente que la verdad pura y menos avasalladora que el fanatismo.

Y si algo se destaca de aquel fondo nebuloso y oscuro, es el reinado descarnado de la fuerza, ya representada por el guerrero ó simbolizada en la beatífica actitud del sacerdote.

Las creencias en aquel entonces embutidas en el cerebro de los hombres, lo eran sin el mas leve exámen; no era permitido discutir, analizar y ni aun dudar, porque la duda, el análisis ó la discusión eran delitos de lesa patria.

Sin embargo, justo es hacer una honrosa excepción. La Grecia fué en este punto relativamente tolerante; y si bien no permitía dudar de la magestad inviolable de sus dioses, toleraba que el pensamiento deslizase su atención con entera libertad por todos aquellos puntos que no alterasen la sublime tranquilidad del Olimpo.

Pero no divaguemos. Fijemos nuestra atención en el punto que la cruz separa el mundo antiguo del moderno y detengámosla en la brillante figura de Jesus.

Fué este reformador heraldo de nuevas ideas ó simple doctrinario, que pugnaba por popularizar lo que ya había alimentado la inteligencia de pasados filósofos?

No hay duda á este respecto, ni es posible la controversia sobre este punto; salvo los que son arrebatados por ideas exclusivistas los unos, por espíritu de secta los otros ó por conclusiones exageradas, hijas del fanatismo religioso, los mas, salvo este número decimos, es unánime la opinión que considera en Jesus un propagandista como otro cualquiera y que el único y mas revelante perfil de su personalidad tan manoseada es su prédica constante y viril que no enmudeció ni ante los horribles dolores de un martirio cruel.

Innecesario es describir el lastimoso estado del Imperio Romano, á la hora en que la aparición de Jesus, abrió una era de esperanza, para la humanidad tan duramente flagelada por el paganismo, la corrupción y el despotismo. Es este tema por demás conocido y baste saber que era entonces señor del mundo Tiberio, y que el foro, la elocuencia, la tribuna y todos aquellos ornamentos que fueron orgullo y gloria de la extinguida república, eran solo recuerdos indiferentes y hasta espantadizos. Aparecían ya los preludios que anunciaban el no lejano día, en que los Romanos estupefactos, verían ocupado su trono por el hombre que lo había adquirido en pública subasta.

No hay duda pues, de que la calamitosa situación de Roma y sus dominios, contribuyó á estender el cristianismo; fué la doctrina de Jesus, tabla de salvación para aquellos pueblos que navegaban tiempo hacia, en un mar de desdichas tan grande.

Pero años hacia también que los filósofos de la Grecia enseñaban en sus lecciones y discursos iguales ó parecidas doctrinas á las que formaron el credo cristiano y esos mismos griegos, que á hondanadas recibían esas ideas y hasta las escuchaban con religioso respeto fueron también víctimas de la corrupción general que invadió á las sociedades antiguas.

No trepidaban al día siguiente de una arenga filosófica ó moralista, en incendiar ciudades indefensas, en mutilar prisioneros desarmados ó en dar muestras de una ferocidad muy poco en armonía con lo que horas antes decían ó pensaban. Y es que, el organismo de las sociedades griegas no estaba en actitud de hacer prácticos los principios que tanto solazaban á sus oídos.

A Jesus le hubiera sucedido lo que á sus predecesores, naufragando en sus justos propósitos, si la intolerancia de los judíos y la debilidad de Pilatos no le hubieran señalado el camino del Gólgota. El martirio que aclamaba un pueblo fanatizado y permitía un gobernante débil, dió el mundo á los discípulos de Cristo y á este la verdadera inmortalidad,

Hubieran los judíos atemperado los impulsos á que lo arrastraba su fanatismo religioso y la voz de Cristo se extinguiría en el vacío de la indiferencia pública, mas ocupada en aplaudir sátiros y en contemplar histriones, que en apadrinar propagandas que derrumbaban sus ídolos predilectos, consistentes en el placer, el lujo y la molición, únicas aspiraciones de los voluptuosos Romanos! El *laissez passer* reinaba en todas las conciencias y se hallaba en su mayor auge.

Vislumbramos y hasta concebimos que algunos califiquen de absoluta ó afirmación vana lo que acabamos de pronunciar.

Como un suceso de tan poca monta, usual y hasta cotidiano en aquellos tiempos de ruda enseñanza pudo hacer florecer una prédica que hubiera permanecido desnuda, estéril y hasta arrinconada en las faldas del Mediterráneo sin aquel oportuno y eficaz auxilio.

Cómo? Si la hecatombe que concluyó con la existencia de Jesus, no se hubiera producido, si sus apóstoles no hubieran aprovechádose de las circunstancias que la propia imaginación rodeó al martirio de Cristo, si la humanidad corrompida y vacilante no hubiera dado pábulo y desarrollo á las siniestras predicciones que elaboraba la fantástica resurrección del mártir filósofo, probablemente el supuesto ó presunto profeta habría paseado por la Judea con su diminuto grupo de discípulos, aislado, quizás ridiculizado y el pendón del cristianismo no fuera enseña que salvara al género humano de las garras férreas del paganismo.

La Europa y las naciones que á vanguardia de la civilización marchan, hubieran desoido sus edificantes y oportunas doctrinas; el imperio romano arrastrado por el sibaritismo que gobernaba sus costumbres, sordo á las máximas del ilustre reformador, ansioso de sostener sus débiles fronteras contralos impulsos ardientes de lossalvajes en destrozarlas, habria permanecido fria, helada, aletargada en su sueño de placeres y en un estacionamiento análogo al de los pueblos asiáticos, hubiera mantenido en su seno al despotismo imperial.

Tan cierto es que en la vida las sociedades como en la de los individuos, hechos al parecer indiferentes preceden y dan ocasión á grandes modificaciones. No atentara Tarquino contra la honra de Lucrecia y Roma no habria trocado el soberbio y lujoso manto de sus reyes por la modesta y sencilla toga de los repúblicos; no fuera Virginia victima inocente del apetito lujurioso de un patricio y el monte sacro no viera coronadas sus alturas por los plebeyos, ni Roma grabara en sus leyes la igualdad de todos sus hijos.

Y lo mismo decimos de la gran revolución religiosa, que dió aliento al espíritu tolerante que hoy anima á las sociedades modernas. Sin las rivalidades monásticas de las órdenes religiosas y el afán de atraerse el privilegio de cobrar las indulgencias, Lutero hubiera acallado en el seno de su alma, las protestas que en su fondo germinaban contra la concupiscencia papal y el protestantismo retardara su nacimiento.

Cuántas propagandas estériles cuenta la historia, cuántas doctrinas recibidas friamente describen los anales de los pueblos? Á pesar del contingente poderoso de intérpretes elocuentes y de la oportunidad de sus máximas, su influencia ha sido negativa y equiparada á cosa de ningun valor. Es que las costumbres, lo mismo que los vicios, echan ondas raíces en la naturaleza humana, costumbres y vicios que obedecen á múltiples causas y que requieren una observación escrupulosa para desarraigadas.

### III

Pero se nos objetará y hasta con ciertos ribetes de certidumbre. ¿No han sido las ideas valla insuperable impuesta á la corrupción desenfrenada, que se presentaba entonces, sin antifáz que ocultara sus formas mas repugnantes?

¿No fué la filosofia lo que produjo una reacción saludable en tiempo de los emperadores filósofos?

¿No es el pensamiento que desembarazándose de inútiles trabas, incuba la tolerancia religiosa, fecundiza y da vida á la libertad del pensamiento?

No desconocemos la importancia de tales dudas, pero también creemos que ellas no van ni vienen contra nuestra tesis.



Los emperadores romanos detuvieron la corriente devastadora de las costumbres romanas, debido al afán que reina en las clases sociales de imitar á todos aquellos que se sientan en las alturas del poder. La degradación romana sufre una marcada detención en la vertiente en que se arrastraba, debido á que los emperadores, no solo eran árbitros por sus ideas filosóficas, sinó que también eran dominadores con el poder de la fuerza que en sus manos tenían.

Imbuidos en doctrinas moralizadoras para el caso, por la mucha exageración de sus alcances, arrastraban consigo el séquito de cortesanos, que obedeciendo á la voluntad omnimoda de sus señores, no veían comprometida su cortesanía y con ella, las prebendas, gaje obligado de estos singulares funcionarios.

En esos días aciagos para los pueblos, la mas simple modificación en la vida regular de sus gobernantes, la mas sencilla extravagancia de sus déspotas, repercute en las filas populares, ya como siniestra predicción de negros acontecimientos, ya como augurio feliz y lisongero de placeres desconocidos. ¿Y cómo no llamar la atención de los corrompidos romanos, cuando veían á sus amos, los primeros en el placer, los mas notables en la orgía, transformarse repentinamente en sectarios fervientes de prácticas moralizadoras?

Ya se conoce y se sabe, lo infructuoso de la propaganda epicúrea, que á nadie atrajo hacia sus filas, salvó el insignificante plantel, que mas tarde formó el núcleo de sus defensores. Y es que los filósofos aquellos, no se sentaban en trono imperial y la demencia podía hacer presa en ellos, según murmuraban los descreídos romanos, mientras que fuera una profanación que la demencia sentara sus reales y ejerciera actos de dominio en el privilegiado cerebro de los emperadores.

Las muchedumbres, embrutecidas por una oprobiosa servidumbre, poca ó ninguna influencia ofrecen con su actitud en estos casos. Avalanchas destructoras, cuando alguien explota sus pasiones comprimidas ó sus apetitos desordenados, se vuelve mansa é indiferente, cuando se la deja tranquila en la solemne quietud que vivía el pueblo romano. Pan y circos, he ahí su exclamación diaria, importándole un bledo las controversias filosóficas y su perfeccionamiento moral.

#### IV

Un suceso también indiferente produjo la tormentosa explosión, de que fué causa la elocuente palabra de Lutero. Es verdad que el espectáculo desconsolador de la corte de los papas, había entristecido su alma por demás mística; es verdad que una negra melancolía había invadido su corazón, pero todo habría pasado, todo habría apaciguado la soledad de

su convento y la monotomía diaria de sus funciones religiosas, si la bendita cuestión de las indulgencias, no hubiera sembrado la cizaña entre el Papa y el monge alemán.

Ya lo hemos dicho antes. Si Lutero tan violentamente dirigió sus ataques á la inviolabilidad papal, fué con el ánimo decidido de defender los fueros de su orden en lo que atañe al cobro de las indulgencias. Tampoco es posible que después de una época prolongada de mutismo como la Edad Media se impusiera esa misma norma de conducta á los pueblos modernos. Y no era posible decimos, porque la ilustración era ya accesible á todas las inteligencias y empezaba á desaparecer el desnivel social que dividía á los hombres en dos grupos: uno guardador fiel y secreto de la ciencia y el otro depositario forzoso y obligado de la ignorancia.

Era tarea de gigantes pretender acallar esas inteligencias repletas de ideas, que pugnaban por salir al aire libre y respirar el ambiente saludable de la controversia; y cuando tal cosa se pretendió hacer, reventó en formidable erupción, lo que solo debió constituir sin tal tirantez una discusión mas ó menos pacífica.

Pero no es esta sola la única causa de la reforma religiosa. La política que entonces se enseñoreaba de Europa, la ambición desmedida de las casas reinantes, las rivalidades monásticas, los intereses latinos en pugna con los sajones, fueron factores que dieron impulso y mantuvieron con vida á la revolución contra la Iglesia. Ante ella enmudecieron los planes de engrandecimiento que monarcas ambiciosos fraguaban en el silencio de sus gabinetes, sirviendo la religión de valla salvadora contra la fuerza prepotente y anhelosa en destruir hasta el vestigio de las nacionalidades; la osadía de los monarcas que alimentaban planes de monarquía universal, tuvo que chocar contra la prestigiosa influencia de la religión protestante que tanto realzó á los pueblos sajones.

Si el pensamiento con la sola omnipotencia de la idea, hubiera tratado de conquistar su libertad, indudablemente fracasara en tan temeraria empresa. Lutero, solo, abandonado, sin fuerzas y sin el auxilio que le prestaran los príncipes alemanes, guiados por fines completamente políticos, habría como Juan Hus, muerto en la hoguera que con tanto encarnizamiento atizaron los intransigentes católicos.

Fuera necesario escribir páginas numerosas para analizar la revolución mas fecunda para la ciencia y para la inteligencia, pero los límites de un trabajo como este, sin pretensión alguna, no lo permiten y hasta lo prohíben.

(Continuará)

## LA REVOLUCIÓN DE LOS TREINTA Y TRES (1)

(APUNTES DE CRÍTICA HISTÓRICA)

*Por Don Benigno T. Martínez*

### ADVERTENCIA

No se nos crea con pretensiones infundadas para decir algo sobre un tópicó que han ilustrado de la Torre, Berra, De-María, Spickermann, Maeso y tantos otros, ora en sus obras eruditas, ora en artículos y juicios que vieron la luz pública en las prensas del Plata: nó, somos meramente aficionados á esta clase de estudios, tenemos el hábito de escudriñar cuanto puede ser utilizable para la mayor claridad de los hechos que se han narrado ya y que vienen reproduciéndose con todos sus errores los unos, con absoluta falta de autoridad los otros.

Ciertamente que no tenemos las pretensiones de ser conocedores profundos de la historia sud-americana; pero, (lo confesaremos con toda ingenuidad) cuanto mas estudiamos menos sabemos, no por lo mucho que haya que saber, sinó por lo poco que se ha escrito, de una manera definida y cierta, condición indispensable de todo hecho histórico.

Vamos á recorrer á la lijera cuanto á mano tenemos acerca de los *Treinta y Tres* y se verán consignadas opiniones tan diametralmente opuestas, que se creerían escritas unas en la tierra y otras en países imaginarios en que ni siquiera conocidos fueron nuestros historiadores.

(1) El trabajo que insertamos hoy acerca del desembarco de los Treinta y tres, fué publicado por su Autor en la Concepción del Uruguay (Entre-Ríos). El señor Martínez obsequió al doctor Berra con los recortes del diario en que se hizo la publicación, adjuntándoles un croquis, hecho á pluma y lápiz, en que se muestra gráficamente el derrotero seguido por los Treinta y tres desde que salieron del territorio de Buenos Aires hasta que desembarcaron en tierra uruguaya, según la versión de don Ignacio Nuñez y el doctor Berra, y la nueva de Sacarello. Este croquis está inédito; y como el doctor Berra habia escrito algunas notas marginales al paso que leía el interesante trabajo del Historiador de Entre Ríos, hemos considerado conveniente publicar las notas y el croquis, no obstante que ni este ni aquellas fueron hechos para ser dados á luz. El doctor Berra nos ha manifestado que sus anotaciones expresan apenas las impresiones del momento de la lectura; y que como el hecho del desembarco de los Treinta y tres héroes de nuestra patria merece un estudio especial, piensa consagrárselo, consultando todos los antecedentes que hasta ahora se conocen, en cuanto sus tareas ordinarias le permitan disponer de algún tiempo. Como algunas de las notas son del Autor, hemos señalado con una A las que le pertenecen y con una B las del doctor Berra.—*La Dirección.*

## I

## LOS ANTECEDENTES

« El año 25, dice De-María, (1) encontró á D. Juan Antonio Lavalleja trabajando al frente de un saladero en Barracas (Buenos Aires), protegido por D. Pascual Costa y D. Pedro Trápani, sus amigos.

« El triunfo de Ayacucho acababa de poner el sello á la independencia americana. Todos los pueblos de nuestra habla del continente eran libres. Solo la Provincia Oriental estaba sujeta á una dominación extranjera. En medio del subido entusiasmo con que se celebraba en Buenos Aires la victoria de Ayacucho, se reunieron un día unos cuantos patriotas Orientales á festejarla con Lavalleja en el Saladero de Barracas. Este vuelve la vista á su patria y deplora su esclavitud. Cruza por su imaginación la idea de libertarla y manifiesta con varonil acento su disposición de abordar la empresa, si lo apoyaran. Sus compañeros y amigos presentes acogen la idea con entusiasmo y desde aquel momento contraen el compromiso reservado de poner manos á la obra santa de la redención de la patria. Siete hombres abnegados lo contraen y conciertan los medios de reunirse secretamente é iniciar á algunas personas mas de su íntima confianza en el pensamiento, para trabajar en el sentido de realizarlo.

» Celebran una reunión en la casa de negocio de don José Villanueva, de que era gerente don Luis Ceferino de la Torre.»

Según el doctor Berra (2) y don Carlos M. Maeso (3) los siete patriotas que iniciaron la empresa fueron: Juan Antonio Lavalleja, Manuel Oribe, Pablo Zufriategui, Simón del Pino y Manuel Melendez. (4)

Pero á la reunión arriba expresada concurren cuatro personas mas que De-María no nombra.

En el compromiso escrito, hecho por los siete primeros, se convino en invadir el territorio oriental bajo las órdenes del que tuviera mayor graduación, que resultó ser el coronel don Juan Antonio Lavalleja.

Hasta aquí el relato histórico, es conteste en todos.

El doctor Berra, ampliando las noticias de los historiógrafos citados, añade: « Tuvieron después varias reuniones en las cuales acordaron: aumentar el número con algunos otros compañeros; enviar una comisión á la Banda Oriental con el

(1) *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, Libro 2.º p. 37, Montevideo 1879, en 8.º 222 pp.—A.

(2) *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1881, 3.ª edición p. 267. — A.

(3) *Glorias Uruguayas*, 8.º 125 p. Montevideo, 36.—A.

(4) Se han omitido aquí dos nombres, con los cuales se completan los siete á que alude el Autor, y son los de Luis C. de Latorre y Manuel Lavalleja.—B

fin de que iniciase á algunas personas en el proyecto y preparase los ánimos ; pedir dinero á los que simpatizasen con la empresa , (1) para comprar armas y otros pertrechos ; *solicitar algunos auxilios al ministro de la guerra* : hacer gestiones porque se despachara en la aduana de Montevideo un cajón que contenía 200 tercerolas y que fué depositado allí en 1823 por don Manuel Oribe ; tratar de que se pronunciara á favor de la revolución un batallón de pernambucanos que había en Montevideo ; nombrar al señor de Latorre para que hiciese en Buenos Aires el servicio de agente de los invasores . »

Hemos subrayado la parte que se refiere á la solicitud que debería hacerse al ministro de la guerra , porque el señor De-Maria manifiesta que al estar todo arreglado para la expedición se guardaba toda reserva para que *ni el gobierno de Buenos Aires cruce su plan ni lo impida* (2) .

Las armas que Oribe había depositado en Montevideo fueron despachadas y doña Josefa Oribe de Contucci cumplió el arriesgado encargo de comprometer á los sargentos del batallón pernambucano que debían ponerse bajo las órdenes del Sargento Mayor don Pablo Zufriategui en caso oportuno , para cuyo efecto fuéle remitida á la señora Contucci una cantidad de cartuchos á bala *que proporcionó el parque de Buenos Aires* y algún dinero que dió el señor de la Torre .

Respecto de los comisionados que debían ir á la Banda Oriental á invitar á las personas de mas reserva que quisieran tomar parte en la revolución proyectada , mencionan los señores De Maria y Berra á don Manuel Lavalleja , don Atanasio Sierra y don Manuel Freire , quienes , según el segundo autor citado , desembarcaron en la *Agraciada* , tomaron caballos en la Estancia de don Tomás Gomez (ayudándolos también don Juan Arenas , según De Maria ) y se internaron en la campaña en dirección á Canelones . Esos mismos comisionados habían dejado en la isla del Delta , frente á la Agraciada , armas , municiones y monturas .

El pequeño grupo , según Berra , regresó al suelo Argentino por el mismo punto en que había desembarcado , *llevando mas desconsuelo que satisfacción en el alma* ; pero De Maria dice que regresaron afortunados y *satisfechos de su arriesgada y patriótica comision* --- ó , como agrega Maeso , *obteniendo contestación favorable* .

Llegamos ahora al punto de arranque de la expedición .

(1) Entre los donantes argentinos y orientales se distinguen don Juan y José de Anchorena , don Pedro Lezica , don Alejandro Martinez , don Miguel Riglos y don Ramón Larrea.--A

(2) Obra cit. p. 38.--A---Esta versión , atribuida generalmente á Spickermann , tiene en su contra documentos y testimonios emanados de los actores mas caracterizados de la revolución , algunos de los cuales han sido publicados . Los hechos que sobrevinieron en seguida de la invasión demuestran además claramente que el gobierno argentino no solo tenía conocimiento de lo que iba á ocurrir , sino también que apoyaba el movimiento revolucionario . Es cosa que puede repetarse definitivamente constatada.--B .

Berra y De-María ponen la fecha de la salida de Buenos Aires en los primeros días de la primera quincena de Abril, según otros el 9 de ese mes (1).

Maeso dice, siguiendo la relación hecha por Spickermann á don Ramon de Santiago, que Manuel Freire, Manuel Lavalleja, Atanasio Sierra, Juan Spickermann, Carmelo Colman, Sargento Areguati, José Leguizamon y el baqueano Andrés Cheveste se embarcaron á las doce de la noche en la costa de San Isidro (Buenos Aires) en un lanchón, desembarcando en una isla formada por un ramal del Paraná denominada *Brazo Largo* (2).

En esa isla acampó la *primera división* de los Treinta y tres, donde tuvo que permanecer quince días esperando á los otros compañeros, que debían haber salido de Buenos Aires á reunirseles.

¿Cómo podríamos aceptar esa salida de Buenos Aires de Freire, Sierra y Lavalleja (Manuel), si Berra afirma (3) que recibieron órdenes de esperar en el Delta la llegada de la expedición?

Háblanos en seguida el señor Maeso de un temporal que arroja, lo que él supone la *segunda división*, á la costa Sud de Buenos Aires; del hambre que pasaron en la *Isla del Paraná* los primeros expedicionarios, etc., etc.

La relación del doctor Berra aproximase más á la que vamos á dar á la estampa por primera vez y que nos fué hecha por un testigo ocular.

## II

### VERSIONES ACERCA DEL PUNTO DE DESEMBARCO

« Ha sido muy general la versión de que el desembarco de  
 » los Treinta y Tres se efectuó en el *Arenal Grande*. Así lo  
 » dice don Luis C. de la Torre, íntimo de los Treinta y Tres,  
 » en una monografía que dejó escrita. Personas á quienes  
 » don Manuel Oribe trató con amistad, aseguran que, cuan-  
 » este general hablaba del desembarco, se refería al Arenal  
 » Grande. Hoy sostiene algunos que el paraje aludido es la  
 » Agraciada. Juzgo, dice el doctor Berra, que no hay verda-  
 » dera diferencia entre las dos versiones, y que sucede en es-  
 » ta cuestión lo que en la del desembarco de Liniers en 1807.  
 » Muchos escriben que desembarcó en *la Colonia*, y así queda  
 » consignado en el párrafo LV de esta obra (4); pero no se  
 » quiere decir que en la misma ciudad y sí en su distrito ó

(1) *Tesoro Argentino*—Buenos Aires, 1880—A.

(2) Vide, *El Panorama*, p. 156 y siguientes—Montevideo 1878.—A.

(3) Pág. 269, obra cit.—A.

(4) BERRA—Obra cit. p. 58—A

» jurisdicción, pues el paraje preciso del desembarco de Liniers fué las Conchillas, algunas leguas al N. O. de la plaza de la Colonia.

« Examinada la región del Uruguay en que el hecho se realizó, se vé que desemboca el *Catalan*, formado por la confluencia del *Arenal Grande* y del *Arenal Chico*. Dos ó tres leguas al Sud desagua el *Agraciada*, arroyo de mucha menos agua y extensión que el otro. Y mas al Sud, algunos centenares de metros ántes de llegar á la punta de *Chaparrero*, sale una cañada que se llamó á principios de este siglo de *Guardiazabal*; años después, hacia 1825, de *Los Ruices*; y después, hasta hoy, de *Gutierrez*.

« Los Treinta y Tres no desembarcaron en el arroyo á que afluye el Arenal Grande, ni en el Agraciada: desembarcaron en el de los Ruices. Si dicen algunos que el desembarco se efectuó en la *Agraciada*, es por que aluden al distrito á que el arroyo así llamado dá su nombre, pues el arroyo de los Ruices está en el distrito de la Agraciada. Así tambien, si dicen otros, siguiendo la versión antigua, que se verificó en el *Arenal Grande*, es por que tal era en 1825 el nombre con que se designaba la extensión de tierra en que están comprendidos el arroyo de los Ruices (*Gutierrez*), y el Agraciada, por razón de los grandes arenales que cubren en aquellos parajes la orilla del Uruguay. Por eso dice don Ignacio Nuñez en sus «Efemérides» que Lavalleja arribó á la Costa Oriental, *desembarcando en el arroyo de los Ruices*, en el Arenal Grande.

« Infiérese de esto que no son incompatibles, como se supone, las dos versiones, ni contrarias á la verdad. Lo que ha hecho creer otra cosa es que se han confundido los nombres de dos secciones territoriales con los dos arroyos, ninguno de los cuales es el histórico ». (1)

Hemos transcripto los precedentes párrafos de la obra del doctor Berra, por que presentan con acierto las distintas versiones objeto de este artículo.

Nosotros vamos á precisar el derrotero del lanchón que montaba Lavalleja, con siete oficiales mas y otros compañeros. Es el relato fiel que nos ha hecho uno de los marineros que tripulaban el viejo lanchón: el carpintero de ribera don Luis Sacarello, antiguo vecino de Entre-Rios (desde el año 1837) que residió en Buenos Aires (Barracas) hasta esa fecha desde el año 1821 en que arribó al Plata, después de una larga navegación que emprendieran desde Génova, su ciudad natal, donde vió la luz el 12 de Junio de 1806.

Al anciano Sacarello todavía hoy se le vé cruzar las calles del Uruguay con el serrucho en la mano ó la garlopa bajo el brazo; encorbado ya por el peso de los años: su trabajo consiste en *recorrer* alguna puerta dilatada por la humedad del

(1) BERRA—obra cit. nota de la p. 270-271.—A

tiempo, poner las visagras de algún postigo ó tapar algunos agujeros trabajados por el inquieto minero de aguzados dientes. Llegó pues, á la categoría del *carpintero de chapuces* equivalente al calificativo de *remendon* que sabemos dar al sastre ó al zapatero en decadencia.

Sacarello ha servido también en la escuadra de Brown, hallándose en todos los combates que ha sostenido contra la escuadra brasilera, de las que nos ha hecho una relación digna de escribirse, por sus detalles, y muy especialmente sobre el combate habido el 4 de Mayo de 1827 frente á Buenos Aires.

Oportunamente hemos de ocuparnos de estas noticias que no hemos visto hasta hoy consignadas con tanta prolijidad. También se halló en el famoso combate de San Antonio. Respecto del desembarco de los Treinta y tres, vamos á relatarlo tal como creemos que debe quedar definitivamente consignado en la historia.

### III

#### LA NUEVA VERSIÓN

Hallábase Sacarello el año 25 en Barracas, entregado á sus faenas de carpintero de ribera, cuando en la tarde del 15 de Abril fué tomado por un Comisario Manuel, *de la Partida*--- y, sin permitirle hablar, embarcólo en un lanchón, en donde se halló con otros tres italianos y tres criollos reconociendo en uno de ellos á un vaqueano hijo de paraguayo ó correntino, que desempeñó mas tarde el mismo oficio á las órdenes de Brown, con quien ha servido también Sacarello. Al Comisario aludido se le nombraba *de la Partida* por el temor que se le tenía cuando se organizaban levas. Así es que Sacarello comprendió inmediatamente que se trataba de alguna de esas expediciones tan frecuentes en aquellos tiempos. (1)

« Poco antes de ponerse el sol, dice Sacarello, partió el lanchón en dirección al Paraná de las Palmas, pero atracando á la costa de San Isidro recibió en esa noche á su bordo al General Lavalleja, siete oficiales y varios otros individuos, algunos de ellos sacados de la *cuna* (2) de Buenos Aires, según oí decir. En el resto de la noche, (continúa) remontamos el *Canal del Chaná* hasta la boca del *Mini*, en donde nos acercamos á una isla, y continuamos la noche siguiente, del 17, hasta la boca del *Guazú* y nos escondimos en la isla que está frente á *Punta Gorda*; á la noche siguiente, del 18, se nos dió la voz de *silencio y palada seca*, por el temor que había á la vigilancia de los cruceros brasi-

(1) Este hecho confirma la versión de que las autoridades públicas de Buenos Aires apoyaban la empresa de los Treinta y tres, desde que se pensó en realizarla.—B.

(2) Este hecho provoca una observación igual á la anterior.—B.



leros, y en cuanto llegamos á la *Punta Gorda* bajaron á tierra dos hombres, que volvieron pronto. Empezamos á costear río arriba hasta *Punta Chaparro*, en donde bajaron *los dos hombres*; seguimos á *Casa Blanca*, (Estancia) y allí también bajaron; continuamos hasta la *Punta del Arenal Grande* y allí bajaron y hablaron los *dos hombres* con un austriaco que tenía inmediato á la costa un rancho, quien dió la noticia *de que la gente que buscábamos* se hallaba en el *Rincon, entre el monte*, y entonces fuimos hasta la *Punta de Amarillo* que es la de *San Salvador*, en donde desembarcaron todos á las tres de la mañana del 19. Parece que allí encontraron gente reunida y entonces se internaron y nosotros nos volvimos para Buenos Aires inmediatamente, tomando la costa entre-riana y siguiendo el mismo derrotero que habíamos traído. »

Casi usamos las mismas palabras de Sacarello, pronunciadas por él con acento italiano, cuyo relato le hicimos repetir unas cuantas veces y en distintos días haciéndonos los olvidados y procurando buscar el medio de hallarlo en contradicción. La relación ha sido siempre la misma, incompleta en cuanto al nombre de los personajes, pues él no conocía más que á Lavalleja y al vaqueano, pero exactísima en cuanto al itinerario seguido por el lanchón, porque Sacarello no solo conoce bien esos parajes sino que también los recuerda perfectamente.

Parece coincidir el momento de la salida de los expedicionarios con la hora de 4 1/2 de la tarde que supone Berra haya salido Lavalleja para el puerto de Sanchez (costas de San Isidro) en donde dice se embarcó á las doce de la noche siguiente. Sacarello afirma que esa es la hora poco mas ó menos, y que después no se acercaron nunca de noche á la costa, á no ser desde Punta Gorda á Punta de Amarillo.

Habla el doctor Berra del desembarco de los Treinta y Tres en el arroyuelo de los *Ruices, Distrito de la Agraciada*, en las primeras horas del día 19 de Abril: esta hora también coincide con la fijada por Sacarello, pero difiere notablemente en el paraje del desembarco.

#### IV

##### RESUMEN COMPARATIVO

##### *Versiones Spickermann y Sacarello*

Aquel fué uno de los Treinta y Tres valientes que hicieron la travesía del Uruguay en el primer lanchón, y el último en el segundo; los dos fueron testigos oculares, actores en la jornada, el unocomo soldado, el otro como marinero.

Salieron los nueve primeros expedicionarios de la costa de San Isidro (Buenos Aires) el 1.º de Abril de 1825, embarcándose á las doce de la noche, desembarcando y acampando en

una isla formada por un ramal del Paraná, llamada *Brazo Largo*. Esos individuos fueron: Oribe, Freire, Lavalleja (Manuel), Sierra, Spickermann (Juan), Colman, Areguati, Leguizamón y Cheveste. Aquí esperaron quince días la llegada de la segunda expedición á las órdenes del entonces coronel don Juan Antonio Lavalleja.

« La causa de la demora, dice Spickermann, (1) fué que la noche en que se embarcaron esos compañeros les tomó un temporal que los arrojó hacia la altura del *Salado*, costa Sur de Buenos Aires.

« Como no podían atracar á ninguna de las costas, pues la Oriental estaba vigilada por los brasileros y la argentina por el Gobierno de Buenos Aires, del cual nos habíamos ocultado para salir del territorio, le faltaron los víveres, y hubiera perecido, si el día 15 de Abril no se hubieran incorporado á los que estábamos en la isla ».

Sacarello dice que nada recuerda haber oído de ese temporal y que el lanchón en que Lavalleja con siete oficiales y varios otros individuos de tropa se embarcaron á la media noche poco mas ó menos, habiendo salido de Barracas algún tiempo antes de ponerse el sol---el 15 de Abril--- que en efecto arribaron á una isla de la boca del *Mini* al amanecer el 16, en donde se descansó todo el día, para continuar en la siguiente noche, (la del 17) hasta una isla de la boca *Guazú*, que se halla frente por frente de *Punta Gorda* y allí permanecieron hasta la noche del 18.

En lo que difieren Spickermann y Sacarello es en los días de descanso en la isla; pero esto, tratándose de dos ancianos, no es extraño que á uno de los dos le falte bastante memoria para detalles tan nimios.

« El Rio estaba cruzado por lanchas de guerra imperiales, y *por consiguiente* emprendieron marcha en esa noche. Á las siete, habiendo navegado como dos horas, nos encontramos entre dos buques enemigos, uno á babor y otro á estribor; veíamos sus faroles á muy poca distancia; el viento era Sur muy lento, y tuvimos que hacer uso de los remos ».

El viejo marino también recuerda el hecho de que navegando con viento lento, pues el lanchón en que él iba estaba arbolado de balandra, el vaqueano ordenó que bogasen con fuerza, pero con cautela, por que podrian ser oídos desde los cruceros.

El 19 de Abril de 1825, á las 11 de la noche, termina Spickermann, desembarcamos en el *Arenal Grande*. He ahí el punto á dilucidar---¿Cuál es el Arenal Grande? Desde la punta de su nombre, al Sud, hasta el arroyo de la Agraciada,

(1) *Memoria* escrita á pedido de don Ramón de Santiago, en 1858, por el entonces sargento mayor don Juan Spickermann y publicada por aquel después de hacerle correcciones de estilo y de ortografía, en el *Panorama* de Montevideo, 1878---num. 5 y sig. -- A.

y al Norte hasta la barra del Catalan, formada por los arroyos *Arenal Grande* y *Chico*, puede dársele en toda su extensión aquella denominación. ¿Porqué entonces hemos de aceptar otra versión que la que legítimamente le corresponde á la del paraje en que desembarcaron? Spickermann, Oribe y de la Torre, aquel en su monografía, y estos, citados por Berra dicen que el hecho ha tenido lugar en el *Arenal Grande*. --- ¿Pero en dónde? en su comienzo, la *Agraciada*; en su parte mas prominente *Punta del Arenal* ó en su terminación sobre las aguas que llevan su mismo nombre? No se determina el paraje, y el viejo marinero del lanchón que montaba Lavalleja afirma que es en la *Punta de Amarillo*, con cuyo nombre se conoce la de San Salvador.

Por eso sin duda dice Spickermann:--- « *Emprendimos*  
» *marcha á las 11 de la mañana (el 20), siguiendo por dentro del*  
» *monte del Uruguay hasta encontrar la barra de San Salvador.*  
» En este trayecto se nos reunieron como treinta ó cuarenta  
» hombres montaraces y seguimos toda la noche de este día  
» por la costa de aquel arroyo con dirección al pueblo del  
» mismo nombre. »

Así, pues, la relación del soldado viene á confirmar la del marinero. Por otra parte---¿en dónde se hubieran ocultado mejor que en el monte que rodea la Punta de Amarillo, desde la madrugada del 20, hasta las 11 de la mañana?---¿En la *Agraciada*?---¿En la *Punta del Arenal Grande*?

¡Hubieran sido descubiertos!--- Gomez mismo, encargado de proveerlos de caballos, no ha podido permanecer en esos parajes y ha tenido que ocultarse.

#### Otras versiones

Fundado en la autoridad de Nuñez (1) sostiene el doctor Berra que los Treinta y Tres desembarcaron en la cañada de los Ruices, hoy Gutierrez. Si hemos de dar fe á Spickermann y sabiendo que la costa del Uruguay no ofrece monte considerable, si no es desde la barra del Catalan, ¿cómo se concilia el párrafo subrayado, con esta versión? Para emprender la marcha por dentro del monte del Uruguay hasta la barra de San Salvador, no valía la pena de haberse quedado

(1) El doctor don Domingo Ordoñana levantó no ha mucho una información, en que deponen vecinos muy antiguos del arroyo Gutierrez, (ó de los Ruices) de la cual resulta que este punto fué en donde desembarcaron los Treinta y Tres. El Sr. Martinez no tiene noticia, según parece, de este documento, cuya importancia no puede desconocerse. Sus conclusiones coinciden con las de don Ignacio Nuñez, autoridad también muy respetable. El doctor Berra tuvo á la vista ambos documentos. Es de notarse que la versión vulgar (la del *Arenal Grande*) se conforma con el tenor de los mismos, pero no con la de Sacarello, pues así como están dentro del *Arenal Grande* la *Agraciada* y el arroyo de los *Ruices* ó de *Gutierrez*, está fuera de aquella sección territorial la punta del *Amarillo* ó de *San Salvador*, á que Sacarello se refiere.--B.

tan abajo, desde que los Ruices no tenían tampoco los elementos que necesitaban los Treinta y Tres, los caballos que les facilitó don Tomás Gómez.

No negaremos que los hermanos Ruices hayan sido los que hicieron la señal, anunciando la hora de la invasión, pero no es menos cierto que el bajarse dos hombres del lanchón de Lavalleja en Punta Gorda, Chaparro, Casa Blanca y Arenal Grande, hace sospechar que no se conocía el punto fijo en que debían hallarse los elementos de movilidad necesarios. Esto tenía que estar sujeto, como en efecto lo ha estado, á la eventualidad, á las circunstancias, pues sabido se está que Gomez ha tenido que guarecerse en el monte para no infundir sospechas á las patrullas brasileras que recorrian la costa.

Creemos, entónces, que la razón que ha tenido Lavalleja para desembarcar en el monte de la *Punta de Amarillo* es por la indicación que el Austriaco del Arenal Grande le hiciera relativa á la ocultación de Gomez. (1)

No tenemos las pretensiones de refutar las versiones conocidas hasta la fecha; nos hemos creído obligados á hacer las

(1) La versión nueva merece ser examinada, porque sin duda le da autoridad la circunstancia de que Sacarello fué tripulante de una de las dos embarcaciones que condujeron á los Treinta y Tres. Este asunto debe ser materia de un nuevo estudio, en el cual se comparen todos los documentos y testimonios conocidos, para inferir del contexto general la verdad del hecho. La simple lectura del interesante trabajo del señor Martínez me sugiere estas tres observaciones:

1a. Todas las versiones conocidas, incluso la de Sacarello, concuerdan en que los expedicionarios desembarcaron en la margen oriental del Uruguay, en las primeras horas del día 19 de Abril: el señor Spickermann afirma que el desembarco se efectuó á las once de la noche del mismo día. Esta diferencia es notable.

2a. Según Sacarello, el viento era flojo; los expedicionarios cruzaron el Uruguay en la noche del 18, tocaron sucesivamente en *Punta Gorda* y otros puntos, y fueron á desembarcar en el *Amarillo*; es decir, unas diez leguas mas arriba de *Punta Gorda*. ¿Es verosímil que se haya andado á remo, aguas arriba, en algunas horas de la noche, toda esa distancia, y esto á pesar de lo muy vigilado que estaba el Rio por la escuadrilla brasileña y las márgenes por las partidas imperiales?

3a. Los Treinta y Tres se dirigieron hacia San Salvador el mismo día 19, y llegaron á este pueblo el día 24, después de haber derrotado en el camino á Laguna. ¿Habrían empleado cinco días en recorrer las cuatro ó cinco leguas que puede haber entre el *Amarillo* y el otro extremo de la distancia? ¿No es más verosímil que se pasase aquel tiempo en ir desde el arroyo de los Ruices hasta San Salvador?

4a. Corren dos versiones acerca de la intervención del señor Gómez: según una, tuvo este patriota que emigrar á Buenos Aires, antes del 19 de Abril, porque los destacamentos brasileños llegaron á recelar de sus disposiciones respecto de la próxima invasión; según otra, de que es autor Spickermann, Gómez no emigró, sino que se ocultó en el monte, tan cerca de su estancia, que al desembarcar los Revolucionarios pudo suministrarles la caballada que tenía pronta desde algunos días antes. Sea cualquiera de estas dos versiones la verdadera, aparece desvirtuado el razonamiento final del señor Martínez, quien supone que Lavalleja fué á desembarcar en la punta de San Salvador por la indicación que se le hiciera de la ocultación de Gómez. Pues que este señor, según Spickermann, ó los Ruiz, según otros, entregaron los caballos en el *Arenal Grande*, los expedicionarios no tenían razón para remontar el rio hasta la *Punta del Amarillo*, y sí, al contrario, para desembarcar en donde Gómez ó los Ruiz los esperaban con caballos.-- B.

observaciones precedentes lanzando á la discusión pública un punto histórico interesante que no debe dejarse por mas tiempo en la incertidumbre. La crítica histórica tiene la palabra, y los aficionados á ella una ocasión propicia para lucir su erudición y conocimientos especiales de la historia del Plata.

Concepcion del Uruguay, Abril 18 de 1884.

### CROQUIS

Del derrotero seguido por los Treinta y Tres, según  
Núñez, Berra y Sacarello.

#### ADVERTENCIA

El señor Martinez tuvo la bondad de enviarme, con su importante articulo, un croquis, trazado á pluma, de las várias versiones publicadas acerca del derrotero seguido por los Treinta y Tres desde que salieron de Barracas y San Isidro, hasta que desembarcaron en la Banda Oriental.

Creyendo que no cometería una indiscreción al consentir que el Croquis se publicase en la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA, lo hé dibujado en proporciones menores, esmerándome por dar á todos los accidentes geográficos la posible exactitud, en cuanto á la forma, dirección, posición y dimensiones. Esto no era difícil tratándose del Plata y del Uruguay, pero si tratándose del Delta del Paraná, por cuanto ni hay entre todos los mapas que yo conozco dos que lo representen de un modo semejante, ni se conoce qué canales interiores son los recorridos por los Treinta y Tres desde que pasaron el Paraná de las Palmas, hasta que llegaron al Paraná Guazú. No sé si el señor Martinez ha tenido á la vista algún mapa al trazar su croquis; yo me hé guiado por el del General Reyes y debo advertir que hay notable diferencia entre la sección del Delta dibujado por el señor Martinez y la porción correspondiente del mapa de que me hé servido. Según me informan personas competentes, no existe aún un mapa exacto del Delta.

Si á esto se agrega la falta de noticias acerca de las corrientes interiores que los famosos revolucionarios prefirieron para efectuar su viaje, se comprenderá que el derrotero comprendido entre el Paraná de las Palmas y el Guazú no ha podido ser trazado con exactitud.

F. A. B.

#### REFERENCIAS

- Los puntos señalados con un  $\wedge$  indican los lugares en que bajaron dos de los expedicionarios, según Sacarello.
- El triángulo negro significa el punto de desembarco de los Treinta y Tres, según Nuñez y Berra (y la información levantada por el doctor Ordoñana.)
- El triángulo negro, con un apéndice recto en la base, indica el punto de desembarco de los Treinta y Tres, según Sacarello.
- . . . . . Derrotero de los Treinta y Tres desde Paraná Guazú, según Nuñez y Berra.
- - - - - Derrotero, según Sacarello.
- . - . - . - Regreso de las embarcaciones que condujeron á los Treinta y Tres.
- . . . . . Derrotero que según todos los historiadores siguieron los Treinta y Tres, poco más ó ménos, desde Barracas (de Buenos Aires) y San Isidro hasta la boca del Guazú.
- 1 Buenos-aires.
  - 2 Punto de partida de un lanchón.
  - 3 San Isidro---Punto de partida del otro lanchón.
  - 4 Boca del Paraná de las Palmas.
  - 5 Boca del Paraná Mini.
  - 6 Boca del Paraná Guazú.
  - 7 Punta Gorda.
  - 8 Punta de Chaparro.
  - 9 Cañada de los Ruices ó Gutierrez.
  - 10 Casa blanca (Estancia de Gomez)
  - 11 Arroyo de la Agraciada.
  - 12 Punta del Arenal Grande.
  - 13 Arroyo del Catalán.
  - 14 Arroyo del Arenal Grande.
  - 15 Arroyo del Arenal Chico.
  - 16 Punta del Amarillo ó de San Salvador.
  - 17 San Salvador.
  - 18 Martín García.



LA SOCIETÀ UNIVERSITARIA



## LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA

SONETO

*Por Don Ricardo Sanchez*

Miró la luz de su primer mañana  
En un recinto pobre, pero honrado...  
Combatió los errores del pasado,  
Lucha del bien y la miseria humana.  
Siguiendo al porvenir, con frente ufana  
Y el espíritu fuerte y abnegado,  
Clavó en la cumbre el lábaro sagrado  
Después de pisotear la envidia enana.  
Hubo algún tiempo brumas en su cielo  
Hoy todo azul y emblema de bonanza....  
Con fuego de saber derrite el hielo  
De la ignorancia audaz, que tarda avanza,  
Le dá color de rosa, y en su anhelo  
Asciende mas allá de la esperanza!

---

## BIBLIOGRAFÍA

*Sobre Tuberculosis pulmonar*. --- Por el señor don Luis G. Murgia, tesis presentada á la Facultad de Medicina, para optar al Doctorado---Montevideo 1884.

El doctor Murgia, con una laboriosidad digna de aplauso, ha buscado en todas las fuentes posibles, los datos estadísticos necesarios para averiguar la contribución que paga á la tuberculosis, la ciudad de Montevideo. Compara esos datos con los que ofrecen las mortalidades de otros países y concluye estableciendo que Montevideo ha sido terreno mas fértil para la tisis, que muchas ciudades europeas.

Considera en seguida, la influencia ejercida por la herencia en el desarrollo de la tuberculosis, y cita varios casos que comprueban la aparición del terrible mal en los fetos que no han abandonado aún la mansión uterina. Opina que debe darse como cuestión resuelta, la trasmisión de padres á hijos.

El contagio le sirve de tema, después. Extracta de la historia de la tisis, aquello que puede servirle para demostrar que la idea del contagio no es nueva. Recorre así largas épocas de la Medicina, hasta llegar á los días de Roberto Koch. Se ocupa del bacillus, indica los procedimientos de cultura y señala los reactivos precisos para caracterizarlo. Repitiendo lo mas importante de lo que se sabe sobre este microorganismo, establece el rol que desempeña en el diagnóstico, así como su valía en el pronóstico de la tuberculosis.

Termina su trabajo con algunas consideraciones acerca de la profilaxia. Hace notar los variadísimos medios que existen para el transporte de los gérmenes, su mucha vitalidad y las dificultades con que se lucha para su destrucción. Cita sin embargo, los recursos preventivos que han dado mejores resultados.

Es una obra que revela mucho estudio y que, con una claridad, propia de las ciencias médicas, menciona todo lo que hasta hoy se conoce como mas culminante, en las cuestiones de que se ocupa.

---

*Consideraciones acerca de la Escuela de la Evolución*. --- Tesis presentada á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales para optar al título de Doctor en Jurisprudencia, por el señor don Jorge Arias--- Montevideo 1884.

Sucede con frecuencia que el acto de optar al título de Doctor en Jurisprudencia, por la obligación que se exige de presentar un trabajo escrito á elección del que tiene que escribirlo, proporciona la ocasión de ofrecer á las ciencias un justo tributo de consideración y respeto en esas tesis brillantes y meditadas--- que forman la mayoría en el número de las publicaciones nacionales de semejante carácter.

Hemos tenido oportunidad de leer ligeramente la tesis del Dr. Arias y reconocemos complacidos que pertenece á aquella categoría, por la forma como por el fondo; lo cual no importa decir que lo acompañemos en sus doctrinas filosóficas.

Hace un estudio detenido de la teoría evolucionista en sus faces mas importantes y reprocha severamente sus conclusiones, critica su método y procedimiento científico y rechaza las premisas de la escuela.

La libertad, la herencia, la evolución zoológica, la identidad constante del hombre y muchos otros aspectos del problema, le dan tema para amplias consideraciones que ilustra con citas de autores é interesa con datos que la experiencia ha facilitado.

Por otra parte sostiene que la escuela evolucionista ha adoptado un régimen sumamente cómodo donde con facilidad se llenan todas las exigencias morales y sociales. --- Destierra del hombre los ideales y con esto la fuerza, la energía que lo arrebató en alas de aspiraciones entusiastas hacia el adelanto, el perfeccionamiento, el progreso. « Ya no habría, dice, en » las sociedades, ni girondinos que espusiesen sus vidas por » conquistar para la Francia y para el mundo entero los de- » rechos del hombre, ni orientales que desembarcasen en el » Arenal grande, con el santo propósito de arrancar á podero- » rosos monarcas, el codiciado pedazo de tierra donde nacie- » ron. ni ciudadanos que se sacrificasen por reivindicar sus » derechos políticos. »

Hace resaltar el rol jugado por la revolución en los acontecimientos históricos de mas trascendencia civilizadora y de mas resultados progresistas para el mundo.

Spencer dice : « La sociedad, como el individuo, tiene un » aparato alimenticio y nutritivo. ¿Sabeis cuál es?---Es el siste- » ma industrial y productivo. También tiene como el indivi- » duo un aparato circulatorio y distributivo que no es otro » que el sistema comercial. Y para que la analogía sea com- » pleta, el cerebro espinal del individuo es lo que en la socie- » dad se llama sistema gubernativo y militar, sin agregar que » las instituciones de crédito son el aparato vaso motor, y la » organización industrial interior corresponde al sistema » nervioso del gran simpático. »

Con tal motivo el doctor Arias combate también á Spencer porque entiende que no hay aplicación de las leyes biológicas á la organización social, acusándolo por último de inconsecuencia por que defiende en sus «Ensayos Políticos y Sociales»

el *self government* combatiendo los fines secundarios del Estado y ensalzando el sistema de iniciativa individual inconciliables en su concepto con la doctrina evolucionista.

Es apenas una ligera reseña este apunte bibliográfico con que hemos querido saludar á la vez que la aparición de esa tesis laboriosa, al compañero que llega al fin de la primer jornada recibiendo como galardón de sus desvelos el título á que aspiraba

---

*El extranjero ante el sufragio.* --- Por el señor don Eduardo Vargas, tesis presentada á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, para optar al grado de Doctor en Jurisprudencia --- Montevideo 1884.

En la tesis del doctor Vargas, que hemos tenido el gusto de recibir, se estudia una cuestión interesante; --- la de conceder el uso de los derechos políticos al extranjero.

Como el autor lo indica razonablemente, este es un problema americano, desde que de su resolución dependen numerosas cuestiones de orden político y económico para estos países. El ejemplo de los Estados-Unidos, que asocian á las funciones de su organismo interno todos los elementos que llegan á sus puertos en demanda de trabajo y de medios para proporcionarse su porvenir, es algo que habla elocuentemente á los americanos del Sur, demostrándoles las ventajas de tal modo de conducta.

En este sentido, la tesis del señor Vargas es un trabajo digno de aplauso que la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA elogia merecidamente.

---

## CRÓNICA CIENTÍFICA

Los geógrafos exploradores Zuitgraff y Chavanne que recorren actualmente el Congo y el interior del Africa, están haciendo una aplicación curiosa del fonógrafo; consiste esta, en fijar en la lámina metálica de dicho instrumento las conversaciones y los cantos de los indígenas de las tribus cuyas lenguas interesa á los estudios filológicos.

Cuando vuelvan los viajeros á Berlin, darán una série de conferencias explicativas de los usos, costumbres, lenguas etc. de los indígenas que habitan las zonas exploradas, y reproducirán la voz y las canciones de los africanos, valiéndose del fonógrafo, aparato que solo ayer se admiraba como una curiosidad científica cuando hoy está reportando y reportará indudablemente grandes utilidades por la variedad de las aplicaciones que de él pueden hacerse.

Se han hecho en Washington y en New-York experimentos con un teléfono de grandes dimensiones, valiéndose para la trasmisión de los hilos de la «Postal Telegraph Company»; la audición es muy clara, las palabras pueden transmitirse á grandes distancias; demostrando esto, que, como primer ensayo el resultado no puede dejar de ser más satisfactorio.

M. Carlos Montegny acaba de pasar á la Academia de Ciencias de Bélgica un interesante trabajo concerniente á la influencia de las perturbaciones magnéticas sobre la scintilación de las estrellas; dando bajo la forma de tablas comparativas, la intensidad de la scintilación con referencia á las perturbaciones magnéticas en diversas horas y según el estado higrométrico de la atmósfera.

En París se ha efectuado una experiencia de alumbrado eléctrico, aplicado á un carruaje particular de la «Agencia General de electricidad»: cuatro lámparas incandescentes sistema Changy, repartidas del modo siguiente: una en el interior del coche, dos para los faroles y la otra colocada sobre la cabeza del caballo y asegurada en los arreos.

La corriente eléctrica es producida por una batería de acu-

muladores Faure, de seis elementos, que pesan seis kilos cada uno, y van colocados en una caja de los asientos interiores del vehiculo.

El quimico francés M. A. Ladureau, ha reconocido la existencia en la atmósfera del gas ácido sulfuroso, particularmente en las grandes ciudades industriales. Según su estudio, contiene el aire 0cc, 18 de ácido sulfuroso por hectólitro, y 1cc, 8 por metro cúbico; sin embargo, esta proporción varia con los movimientos atmosféricos: en tiempo de calma llega a 2cc, 2 y con viento fuerte 1cc, 4; teniendo por causa esto la densidad considerable de dicho gas, por eso se encuentra en cantidad mayor cuando hay calma por que se acumula en las capas inferiores, mientras que los vientos lo difunden con gran facilidad.

Dice *L'Electricité*, que se publica en Paris: Los señores Sautter, Lemonnier y C.<sup>a</sup> han terminado la instalación del alumbrado eléctrico del faro mandado elevar por el gobierno brasilero, en la isla Razza, en la entrada de la espléndida bahía de Rio Janeiro.

La intensidad luminosa del foco es equivalente á 120.000 mecheros carcel, alimentándolo dos máquinas Gramme, tipo C T, de corriente continua, poniéndolas en movimiento dos motores á vapor de fuerza de seis caballos.

Dada la naturaleza infecciosa de la fiebre tifoidea, se ha puesto en práctica, como consecuencia, el tratamiento anti-séptico por el ácido fénico. Al lado de su acción contra las producciones pútridas de la enfermedad, se veía la disminución de la temperatura, que seguía á su empleo. Todo esto ha contribuido para que, en la fiebre citada, se halla usado y abusado del ácido fénico.

En una comunicacion, titulada *El ácido fénico y la fiebre tifoidea*, leida por el doctor Alberto Robin en la Academia Médica de Paris, se demuestran los inconvenientes y los peligros ocasionados por esa medicación.

1.º Un organismo, dice Alberto Robin que sufre los ataques destructivos de la fiebre tifoidea, pierde mas azufre y potasio, elementos histogenéticos, que un individuo en salud y convenientemente nutrido; este organismo se encamina pues hacia la inanición mineral, y, ya se sabe lo graves que son los efectos de esta sobre la nutrición de los sistemas nervioso y muscular y de todo el individuo en general; luego, el ácido fénico que aumenta esta desmineralización, debe ser severamente proscrito de la terapéutica de la fiebre tifoidea, y es á este medicamento que deben culparse los accidentes

nerviosos y caquécticos observados durante ó después de su administración, accidentes que son producidos, en una parte á lo menos, por la pérdida de minerales que ocasiona la eliminación del ácido fénico.

2.º Una segunda consecuencia se desprende de estos descubrimientos y es que se debe proscribir del tratamiento de la fiebre tifoidea todos los medicamentos que se eliminan de la misma manera que el ácido fénico. Esto tiene mas importancia de la que parece, puesto que varios de los medicamentos que están en este caso, desempeñando propiedades anti-sépticas ó antipiréxicas, intrigarian, tarde ó temprano, al terapéutico que ignorase su acción química sobre la nutrición.

El doctor Pravaz (de Lyon), en un trabajo sobre las desviaciones del raquis, clasifica de la manera siguiente, las circunstancias que influyen para el pronóstico, bajo el punto de vista de la curabilidad.

*Adversas.* — Mal estado de la salud general, las discracias y en particular la clorosis, un temperamento poco apropiado al desarrollo rápido, la extremada juventud ó la vejez avanzada, la ancianidad de la deformación, la existencia como causa determinante, de una pleuresia anterior, de una paresia de los músculos espinales ó el raquitismo verdadero, la situación de la corvadura principal en la región cérvico-dorsal ó dorsolumbar, la gran longitud de la flecha y en fin la forma angulosa de la gibosidad.

*Favorables.* — Una salud relativamente buena, un temperamento, mas bien un poco linfático, pero propio á un desarrollo rápido, coincidencia del principio de la deformación con la aparición de la menstruación ó de los primeros signos de la pubertad, que la causa determinante consiste en un simple defecto de plasticidad por parte del sistema óseo, corvadura principal ocupando lo que puede llamarse su sitio de elección, flecha de corta longitud y gibosidad de contorno más ó menos redondeado.

Dos nuevas contraindicaciones ha encontrado el doctor Rabuteau para el empleo del sulfato de quinina. La primera está encerrada en la incompatibilidad del sulfato de quinina con los ioduros, cuando son tomados simultáneamente. Por la fisiología patológica y por los reactivos usados, en idéntica forma que para estudiar la acción de los ioduros mezclados con iodatos, resulta que en presencia del sulfato de quinina y de los ácidos gástricos, una parte del ioduro se descompone y deja iodo libre que es el causante de todas las alteraciones. Es prudente pues, dejar que pasen 24 ó 48 horas entre la administración de estas dos sustancias.

La segunda consiste en proscribirla para las mujeres, du-

rante el período catamenial. Funda Raboteau este concepto, en la acción muscular de la quinina, modernamente reconocida y en varias observaciones donde el uso de este cuerpo, indicado por fiebres intermitentes durante la época citada, ha sido seguido de dolores muy fuertes en el hipogastrio y de ataques generales bastantes graves.

---

Una luxación del húmero, motivada por una causa demasiado rara, ha podido observar el doctor Rickert (de Baltimore)

Un joven alemán, de veinticinco años de edad y de una musculatura fuera de lo normal por su desarrollo considerable, estaba ocupado en limpiar un caballo, cuando sintió de improviso deseos vehementes de estornudar. Deja su tarea, eleva el brazo izquierdo, lo coloca sobre el muro de la caballeriza y un violento estornudo se produce. Púdose notar en seguida la luxación subclavicular de la cabeza del húmero, luxación que el doctor Rickert redujo con el concurso del cloroformo.

---

El doctor Hardy, en una lección clínica reciente, llama la atención de sus alumnos sobre los peligros del ácido salicílico, administrado en la fiebre tifoidea. Existe en esta dolencia una miocarditis latente que basta para rechazar los hipostenisantes del corazón.

He aquí sus palabras, á propósito de un caso desgraciado: Es la única enferma á quien he dado el ácido salicílico y es también la única que he perdido de muerte rápida. ¿Existe concordancia? Yo no lo se, pero visto el número creciente de estos accidentes, tengo tendencia á creerlo. *Desconfiad pues, Señores, de estos medicamentos peligrosos que curan raramente y matan algunas veces*, y si el corazón está enfermo indicad fortificantes, el caldo ó la quina.

---

Dos consejos prácticos para luchar contra el sabor de medicamentos desagradables, el aceite de hígado de bacalao y el ioduro de potasio. Porcher, para el primero, indica mezclarlo con café, limpiando la cavidad bucal, antes y después de su ingestión, con un poco de agua clara. Gerard Lagüe, para el segundo, señala administrarlo con jarabe de grosellas.

Aquí en Montevideo, se dan esos medicamentos y son perfectamente soportados por los pacientes, tomando el aceite con cerveza y el ioduro con jarabe de corteza de naranjas.



## SUeltos

Desde el próximo número comenzaremos á publicar las lecciones que el señor don José Arechavaleta se ha propuesto escribir para sus alumnos en el Aula de Botánica Médica que que tan dignamente regentea en nuestra Facultad.

En nombre de los altos propósitos que la REVISTA representa, debe agradecer y agradece este nuevo é importante concurso que el señor Arechavaleta trae á la par que á esta publicación, á los valiosos intereses de la ciencia y á las conveniencias de la juventud estudiosa.

Dificultades suscitadas en los grabados nos impiden dar principio en este número á su publicación.

---

El sábado pasado se reunieron considerable número de amigos del doctor don Luís G. Murguía en el « Hotel de las Pirámides », para celebrar con una modesta comida de estudiantes el término de la carrera que con entusiasmo emprendió aquel inteligente joven.

Como un tributo de simpatía, publicamos las afectuosas palabras pronunciadas por el doctor don Elías Regules en dicho acto.

Querido Luís :

Bien sabes que tu vida se ha deslizado al lado de la mía. Fuimos compañeros por el estudio y hermanos por el afecto.

Siempre recordaré aquellos momentos en que con atención respetuosa unas veces y con entretenimientos pueriles otras, escuchábamos las palabras del maestro, sentados en el mismo banco; siempre tendré presentes las lecciones que, en amistosa tertulia, repetíamos en el rincón mas pequeño del centro mas querido; y nunca olvidaré las largas y frecuentes veladas, donde tú y otros amigos honraban mi sencillo hogar para hacerme mas gratas las horas de la noche.

Tan veloz es el tiempo, que puede compararse con un soplo todo el que ha pasado por nosotros. Aún me parece escuchar las primeras palabras que sin conocernos nos dirijíamos cuando, en el día primero de clase y con la confianza peculiar de los estudiantes, me interrogabas acerca del número de mis matrículas; aún creo ver reunido aquel grupo de alum-

nos que, en los corredores de la Universidad, esperaban á los catedráticos de Latin y Matemáticas; y todavía siento palpitar aquel entusiasmo con que enarbolábamos ese pendón bendito, que la influencia de manos más diestras, hace hoy flamear con altivez entre las sociedades uruguayas.

Todo esto ha pasado. Tu inteligencia clara y tu labor continua han colocado sobre tus sienes el lauro que mereces. Nadie en mejores condiciones que yo para juzgar tu ciencia, ni nadie tampoco con mayores motivos para justipreciar tus sentimientos; y si acepto que como médico tienes un lauro, reconozco que otros cien más mereces como amigo.

Hoy eres titulado. Volverán para tí dentro de poco, las tareas de recorrer las hojas de los libros, volverán para tí y con otro carácter, las fatigas de examinar dolientes y aconsejar remedios; pero las horas que pasábamos en fraternal compañía preparándonos para el acto de prueba, aquellas que solo podían hacerse dulces en las condiciones de las nuestras... esas... no volverán. Me queda de ellas lo que queda de todo lo que llega al corazón; un aroma que nunca se envejece y un recuerdo que nunca se marchita.

Las necesidades de la profesión que vas á ejercer te obligan á separarte de nosotros; y hemos querido ofrecerte esta comida de amigos, no como despedida, pue es muy triste despedir con risas á quien se aprecia, sino como un medio de arrojar más combustible á la hoguera de nuestras afecciones, para que ni el tiempo ni el espacio puedan apagarla.

Bebamos, pues, por que tu viaje á Cerro-Largo sea el bacillus de tu prosperidad; bebamos por que esta copa constituya solamente un ensayo de las muchas que hemos de apurar á tu regreso, y brindemos en fin, por que en la hora de la partida, el adiós que se desprenda de tus labios, no llegue nunca hasta tu corazón.

Por comunicaciones recibidas, la REVISTA cuenta con la valiosa cooperación de dos nuevos é importantes colaboradores; los señores doctores don Alberto Navarro Viola, y don Abel Miranda, quienes por nota que publicaremos oportunamente prometen consagrar algunas de sus producciones á nuestra hoja científico-literaria.

Seguimos publicando las notas pendientes.

Montevideo, Abril 1.º de 1884.

Señores Directores de la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA.

Señores:

Algunas veces he cometido el error de publicar bajo mi firma algunos artículos insustanciales é insípidos indignos de llamarse literarios. Por una aberracion inexplicable esa es

sin duda la causa que ha dado mérito para que algunas personas me tengan por escritor; soy el primero, ya que la ocasión se presenta, para declarar que no solo no lo soy sino que ni remota idea tengo de serlo.

Sin embargo, tal es mi deseo de ver gozar vida próspera y vigorosa á toda publicación de índole literaria que entre nosotros se funde, que ofrezco á la que ustedes dirigen y para la cual solicitan mi colaboración, el mas decidido concurso. Trataré, pues, de hacer cuanto me sea dado para responder dignamente al compromiso contraído.

Saluda á ustedes con la mayor consideración y estima

*Julio Piquel*

Abril 4 de 1884.

Señores:

He tenido el honor de recibir vuestra comunicación, en la que os dignais invitarme á colaborar en el periódico futuro la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA—de carácter esencialmente científico y literario.

Acepto gustoso un puesto en vuestra labor asaz culta, solo que mis muchas ocupaciones y viajes fuera de Montevideo, han de privarme acaso de prestaros mayor concurso. Y pidoos excusa anticipada por ello.

Por lo demás, deseo que vuestras honorables aspiraciones las veáis cumplidas.

Dios guarde á ustedes muchos años.

*Clemente Barrial Posada*

Abril 4 de 1884.

Señores:

Agradezco á ustedes el inmerecido honor de hacer figurar mi nombre entre los colaboradores de la REVISTA que con tanto acierto ustedes dirigen; pero no puedo aceptar tal distinción, porque carezco de méritos y de títulos para ello. No obstante, como la propaganda de ustedes es tan noble en sus propósitos y tan trascendental en sus fines, trataré de sobreponerme á mi debilidad á fin de producir algo, por si ustedes lo consideran digno de la publicidad en la REVISTA de ese progresista centro.

Sírvanse ustedes concederme ese estímulo; pues solo entonces aceptaré el honor ofrecido, quien saluda á ustedes atentamente.

*F. Eugenio Balparda.*

nos que, en los corredores de la Universidad, esperaban á los catedráticos de Latin y Matemáticas; y todavía siento palpitar aquel entusiasmo con que enarbolábamos ese pendón bendito, que la influencia de manos mas diestras, hace hoy flamear con altivez entre las sociedades uruguayas.

Todo esto ha pasado. Tu inteligencia clara y tu labor continua han colocado sobre tus sienes el lauro que mereces. Nadie en mejores condiciones que yo para juzgar tu ciencia, ni nadie tampoco con mayores motivos para justipreciar tus sentimientos; y si acepto que como médico tienes un lauro, reconozco que otros cien más mereces como amigo.

Hoy eres titulado. Volverán para tí dentro de poco, las tareas de recorrer las hojas de los libros, volverán para tí y con otro carácter, las fatigas de examinar dolientes y aconsejar remedios; pero las horas que pasábamos en fraternal compañía preparándonos para el acto de prueba, aquellas que solo podían hacerse dulces en las condiciones de las nuestras... esas... no volverán. Me queda de ellas lo que queda de todo lo que llega al corazón; un aroma que nunca se envejece y un recuerdo que nunca se marchita.

Las necesidades de la profesión que vas á ejercer te obligan á separarte de nosotros; y hemos querido ofrecerte esta comida de amigos, no como despedida, pue es muy triste despedir con risas á quien se aprecia, sino como un medio de arrojar más combustible á la hoguera de nuestras afecciones, para que ni el tiempo ni el espacio puedan apagarla.

Bebamos, pues, por que tu viaje á Cerro-Largo sea el bacillus de tu prosperidad, bebamos por que esta copa constituya solamente un ensayo de las muchas que hemos de apurar á tu regreso, y brindemos en fin, por que en la hora de la partida, el adiós que se desprenda de tus labios, no llegue nunca hasta tu corazón.

---

Por comunicaciones recibidas, la REVISTA cuenta con la valiosa cooperación de dos nuevos é importantes colaboradores; los señores doctores don Alberto Navarro Viola, y don Abel Miranda, quienes por nota que publicaremos oportunamente prometen consagrar algunas de sus producciones á nuestra hoja científico-literaria.

Seguimos publicando las notas pendientes.

Montevideo, Abril 1.º de 1884.

Señores Directores de la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA.

Señores:

Algunas veces he cometido el error de publicar bajo mi firma algunos artículos insustanciales é insípidos indignos de llamarse literarios. Por una aberracion inexplicable esa es

sin duda la causa que ha dado mérito para que algunas personas me tengan por escritor: soy el primero, ya que la ocasión se presenta, para declarar que no solo no lo soy sino que ni remota idea tengo de serlo.

Sin embargo, tal es mi deseo de ver gozar vida próspera y vigorosa á toda publicación de indole literaria que entre nosotros se funde, que ofrezco á la que ustedes dirigen y para la cual solicitan mi colaboración, el mas decidido concurso. Trataré, pues, de hacer cuanto me sea dado para responder dignamente al compromiso contraído.

Saluda á ustedes con la mayor consideración y estima

*Julio Piquet*

Abril 4 de 1884.

Señores:

He tenido el honor de recibir vuestra comunicación, en la que os dignais invitarme á colaborar en el periódico futuro la REVISTA DE LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA---de carácter esencialmente científico y literario.

Acepto gustoso un puesto en vuestra labor asaz culta, solo que mis muchas ocupaciones y viajes fuera de Montevideo, han de privarme acaso de prestaros mayor concurso. Y pidoos excusa anticipada por ello.

Por lo demás, deseo que vuestras honorables aspiraciones las veáis cumplidas.

Dios guarde á ustedes muchos años.

*Clemente Barrial Posada*

Abril 4 de 1884.

Señores:

Agradezco á ustedes el inmerecido honor de hacer figurar mi nombre entre los colaboradores de la REVISTA que con tanto acierto ustedes dirijen; pero no puedo aceptar tal distinción, porque carezco de méritos y de títulos para ello. No obstante, como la propaganda de ustedes es tan noble en sus propósitos y tan trascendental en sus fines, trataré de sobreponerme á mi debilidad á fin de producir algo, por si ustedes lo consideran digno de la publicidad en la REVISTA de ese progresista centro.

Sirvanse ustedes concederme ese estímulo; pues solo entonces aceptará el honor ofrecido, quien saluda á ustedes atentamente.

*F. Eugenio Balparda.*

San Fructuoso, Abril 7 de 1884.

Señor :

He tenido el honor de recibir la atenta nota de la comisión que tan dignamente usted preside por la que se sirve recabar mi concurso á título de colaborador para la REVISTA que la Sociedad Universitaria se propone dar á la publicidad.

Insignificante será el concurso con que pueda corresponder á la inmerecida honra que esa Comisión me ha dispensado al desear que figure mi nombre entre los de los colaboradores de la importante REVISTA que se anuncia.

No me es dado sin embargo, resistir á ofrecimiento tan delicado y acepto, quizás con poca modestia pero sí con íntimo y profundo agradecimiento, el título de colaborador que se me brinda.

Mis ocupaciones actuales no me permitirán seguramente consagrar sino un tiempo mucho más breve del que deseara á la colaboración de la REVISTA; pero apesar de ello nunca se extinguirá en mi memoria el recuerdo de mi gratitud por la distinción que me ha dispensado la Sociedad Universitaria.

Me complazco en saludar al señor Presidente, y demás miembros de la Comisión con mi más profundo respeto.

*R. Montero y Paullier .*

Montevideo, Abril 9 de 1884.

Señores :

Habeis querido honrarme, solicitando el concurso de mi humilde persona en la difícil tarea que con entusiasmo habeis emprendido: la difusión de las ciencias y de las letras en nuestra patria.

No debía acceder, porque las ciencias y las letras, no están para salir de mí, sino que, al contrario, están para venir á mí. Pero el honor que os espera en el porvenir, me seduce; el objeto que os proponéis, me encanta; vuestras palabras, vigorizan mi voluntad; y el humo del incienso que me enviasteis, me desvanece: en este estado, imposible resistir á la tentación.

Contad, pues, con el último soldado de la ciencia, aunque solo pueda ofrecer un farrago de ideas creadas en breve tiempo.

Aprovechando la oportunidad, me es grato saludaros con mi mayor consideración y respeto

*Jacinto de Leon.*